

DISPUTA

ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO,
SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

Mi muy estimado amigo: Usando del ofrecimiento que más de una vez se ha servido usted hacerme, de las columnas de su ilustrada REVISTA para publicar en ella algún episodio de la dominación española en América, le remito con este objeto, hoy que la cuestión de vascongados y de fueros está sobre el tapete, un manuscrito inédito, que se ocupa de ciertos hechos del elemento vasco en el Nuevo Mundo, desde los primeros tiempos de la conquista hasta el año 1624, en que el autor anónimo fechó su escrito.

Este, que en letra del siglo XVII ó principio del XVIII existe en una de las bibliotecas particulares más ricas y concurridas de esta capital, lleva por título: «*Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano de Búrgos, y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú;*» y en el diálogo que los dos amigos sostienen animado, y curioso por las citas de sucesos no muy conocidos y de escenas domésticas, de esas que de ordinario poco ó nada cuentan los analistas de aquellas partes, trata cada cual de enaltecer y sublimar su patriotismo, defendiendo la lealtad, honra, hidalguía y limpieza de sus respectivas naciones, ó sea de las provincias de donde cada uno de los contendientes procedía.

Y en verdad que no es el vizcaino, defensor de los hijos de la raza *euskara*, quien mejor librado de la contienda sale; y eso que los conquistadores castellanos, obligados por el exiguo número con que ante millones de indios se presentaron en el Nuevo Mundo, se vieron en la necesidad de valerse de todo género de medios para subyugar reinos extensísimos y tan bien organizados como el Perú y la Nueva España; pero los vascos, sobre usar de los mismos procedimientos, y aún más duros, de sujeción, superaron tal vez á sus compañeros de Castilla manifestándose también allí, cual en todas las épocas de su historia, con esa tendencia de exclusiva dominación y de insistente terquedad que en

dolorosa experiencia hemos visto corroborada recientemente.

¡Qué otros razonamientos no hubiera puesto en boca del protagonista castellano, el autor anónimo del manuscrito hasta ahora inédito, si hubiese vivido dos siglos después, ó en los días que atravesamos! ¡Cuánto no habría afeado la ingratitud, y la falta de generosidad, y el desconveniente proceder de muchos vascongados con sus siempre condescendientes y cariñosos hermanos los peninsulares de todos los reinos de España!

Patente mostraron su ingratitud, no sólo en la participación que en la conquista tuvieron, sino un siglo y medio después cuando, deferente en sumo grado D. Felipe V, concedió á la compañía Guipuzcoana, en 1742, el exclusivo comercio en las costas de Venezuela, donde *imponiéndose á poco á los mandatarios, acaba por tenerlos á sus órdenes* durante veintiseis años, y hasta que, convertida en *poder verdaderamente dictatorial y arbitrario*, tiene que desaparecer ante *una tempestad de maldiciones*, para dar paso al comercio libre de América. ¿Debió extrañarse por nadie que tal sucediese, cuando en absoluta afirmación, reconoce el mismo panegirista de los auskaros, de quien traslado las frases subrayadas, que *antes que español el vasco es vasco?*

Pues si ingrato se mostró en aquellas ocasiones, vésele más tarde desagradecido y falto de generosidad en los preparativos y conmociones que tuvieron por término la independencia de la América española. En ninguno de aquellos vireinatos dejan de figurar vascongados, ú hombres de su descendencia, como actores principales, en cuantos sucesos, tristes para España, la historia nos refiere.

Vascos son los que mortifican á Colon en la isla Española: vasco el Juan de Herrada ó Rada que dirige la conspiración de Almagro el mozo, y descuella entre los que asesinaron inhumana y cruelmente á D. Francisco Pizarro en Lima: vizcaino Lope de Aguirre, personaje legendario que por sus crímenes increíbles ha conservado la tradición y la historia con el nombre de *tirano Aguirre*, y él se firmaba *el traidor*, quien asesina al famoso Pedro de Ursua, cuando siguiendo las aguas del caudaloso Amazonas va en busca de El Dorado, soñada región donde los sencillos naturales habitaban palacios de oro, según la fábula de aquellos tiempos, y se alza como jefe de la expedición, y con otros desalmados comete en los españoles todos los horrores é

inauditos crímenes que le dieron la triste celebridad de que se hablará en el manuscrito. Vascongados de diversos apellidos había siempre entre los que más empañaron el brillo del nombre de España en América; y donde en aquellas regiones se veían sufrir las sensibles consecuencias de algun desorden, no faltaban, con seguridad, nunca entre los actores apellidos vascos.

Un clérigo Jáuregui introduce el malestar en la buena sociedad de la capital de Chile, á principios del siglo XVIII, promoviendo, con la mejor intención sin duda, hondas desavenencias entre los magistrados de la audiencia de Santiago, que luégo se traducen en escándalos de pernicioso ejemplo para los tranquilos habitantes chilenos, que empiezan, desde entónces, á vislumbrar los desacuerdos generadores de la independenciam del siguiente siglo, en la que se figuraron como protagonistas hombres de los apellidos Egaña, Irisarri, Rada, Ureta, y Eizaguirre, al tiempo que en el Perú figuraban los Luzurriaga, Elespuru, Urquiaga, Mariátegui y el autor de la ominosa rebelion Olañeta. Rebeldes, agentes de la rebelion ó provocadores de ella, fueron en la Nueva España ó Méjico los Iturrigaray, Allende, Garibay, Itúrbide y otros muchos, en los momentos en que empujaban á Venezuela para separarla de España los Echezuria, Ustariz, Echeverría y el famoso Bolívar, descendiente de vascos, que no dió tregua á su decidido propósito hasta que llevó á cabo la independenciam de la América meridional.

¡Desgracia y grande es ciertamente poseer el poco envidiable privilegio que la fatalidad parece haber impuesto á los hijos y descendientes de las pintorescas quebradas del Pirineo atlántico, de representar, áun en los hechos históricos necesarios, esos primeros papeles tan poco simpáticos á los sinceros amantes de la nacionalidad española!

Un acto de codicia de ciertos vascongados promueve las sangrientas escenas de Talambo en el Perú, que la España, celosa de su honra, sufre, obligándola á enemistarse con toda la América latina, é impelida á reñir en el Pacífico combates como los de Chiloe y el Callao, donde ni gentes de pelea, ni recursos para la guerra se vieron en la escuadra española procedentes de la tierra que dió por hijos á los autores de la discordia. Y la buena España, en tanto, ni niega su intervencion á los vascongados en los asuntos generales del país, ni les escatima los más ambicionados honores, ni deja de favorecerles con altos puestos, á cuyo pago ni siquiera contribuyen; y todo esto concede á pesar de los actos de infidencia que tres años ántes de las escenas de Talambo presencia Vizcaya en el pueblo de Baracaldo, y sin querer recordar nunca la reconocidamente equitativa máxima de gobierno que de antiguo aconseja: Que cuando la voluntad de unos

pocos quiere injustamente imponerse á la de toda una nacion, deben los poderes públicos, en el pleno uso de su derecho, contener á los ménos dentro de los límites en que los más viven circunscritos, y obligar por todos los medios á las parcialidades ó agrupaciones inquietas, que son masa dispuesta á perturbaciones frecuentes, á que subordinen su egoista interes individual á los siempre preferidos, sagrados intereses de la nacionalidad.

Ciertamente que algunos vascos, por noble ambicion y levantado espíritu movidos, han contribuido en circunstancias dadas con sus hechos á acrecer los ya numerosos timbres de gloria que la España atesora. Imperecedero será, entre algunos otros, el nombre del primer marino que dió vuelta al mundo; de aquel celebrado Sebastian de Elcano, que despues que el inmortal Magallanes fué víctima de su confianza en la buena fe del régulo de la isla de Mantan, y cuando con algunos expedicionarios al archipiélago asiático tuvo la gran suerte de librarse de la pérvida traicion que uno de sus compañeros tenia combinada con el cacique de Zebú, hizose cargo del mando de la VICTORIA, y con loables rasgos de valor y de constancia supo conquistarse la divisa *Primum me circumdedisti*, con que el rey de España le honró. Mas la grandeza del nombre de aquel marino insigne, ¿basta ni con mucho á borrar de la historia las malas sombras impresas por hechos ménos patrióticos?

Quizás, mi estimado Director, tenga usted por impertinentes estos recuerdos históricos, pudiendo disponer, como se me ofrece, de ancho campo en las notas, para apreciar aquellos en que el manuscrito funda sus razonamientos; pero como es tan propio de pechos españoles el latir con fuerza cuando de la mengua de la patria se trata, y no por otra cosa tenga el mio la oposicion que unos pocos, ciegos por el egoismo, presentan á la realizacion de la sublime idea de los Reyes Católicos, apadrinada por D. Alfonso XII al decirles á los soldados vencedores desde el campamento de Somorostro,— que á su heroismo deberán las generaciones venideras el fundamento de la unidad constitucional de España;—mi pecho que, cual el primero, anhela ver la Península española una y grande, no ha podido contener sus latidos ante las manifestaciones de esos pocos, que no parecen apercibirse, de que españolas son las tibias brisas que á sus campos llevan fecundadora vida, español el calor vivificante del sol del Mediodía que las produce, y españolas las más vivificadoras corrientes de civilizacion y de cariño, que pródiga la madre España dispensa á sus hijos vascos.

Soy de usted, señor Director, amigo afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.,

Z*...

TRATADO BREVE DE UNA DISPUTA Y DIFERENCIA QUE HUBO ENTRE DOS AMIGOS, EL UNO CASTELLANO DE BÚRGOS Y EL OTRO VASCONGADO, EN LA VILLA DE POTOSÍ, REINO DEL PERÚ.

INTRODUCCION.

Tiempo de la disputa.

En el tiempo que por justos secretos y juicios de Dios Nuestro Señor, pecados de el Pueblo, insolencias y demasías escandalosas, permitió la divina Justicia y Providencia que en la villa imperial de Potosí, hubiese unas civiles guerras, de Castellanos españoles, contra Vascongados españoles; sucediendo muertes y heridas, incendios y otros males que á todos son notorios, ó porque la ira y rencor salió con tanto ímpetu cuanto había más años que estaba represada, ó porque todos buscan á sus acciones, por malas que sean, color de buenas; en este tiempo, pues, profesaron dos grandes amigos, el uno llamado Alonso, natural de Búrgos, y el otro llamado Martin, natural de Bilbao, de no quebrantar la antigua amistad que tenían de muchos años de compañía, y de servicio en casa de un amo alojero de los de la Rivera, al cual el burgalés servía de beneficiador en el ingenio; y el vizcaino de minero en el cerro. Y cuando los otros de sus naciones se andaban persiguiendo, ellos se recogían solos en su casa; ya sintiendo tantos males, y ya culpando á las Justicias y Corregidores; diciendo que D. Rafael Hortiz de Sotomayor dió principio á estos males y D. Francisco Sarmiento los continuó, D. Felipe Manrique los remató, y sólo Dios los remediaría; pues estos males eran plaga y castigo suyo, enviados por los pecados de unos y de otros (1).

Un dia, estando entrambos los compañeros y amigos solos, aunque no peleaban con armas como los demas, porque así lo habían jurado y prometido el uno al otro, con todo no dejaban de reñir de palabras, y contender sobre la poca ó mucha razon que había entre las dos naciones para perseguirse; y con nombre de conversacion se continuaban estas diferencias: y ya tratándose de poco leales, y ya de poco nobles, y de ménos limpios, que estos eran los tres puntos á que reducían su disputa, lealtad, honra, hidalguía y limpieza, cada uno de los dos, en buena conversacion, aunque á veces se enojaban el uno contra el otro, se decían lo que podían de lo que se le importaba; que el amor de la patria y propia nacion en cada uno, es como el fuego, que á donde está no se puede encubrir.

(1) Véanse las notas.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LO QUE LOS DOS AMIGOS SE BECÍAN EN RAZON DE POCA LEALTAD.

Como los vizcainos son de sí más coléricos, saltaba ordinariamente el vizcaino Martin, diciendo al burgalés: «Hermano Alonso, ¿por qué pensais que estos de vuestra tierra nos persiguen, sino de envidia de nuestros procedimientos en la lealtad con que servimos á nuestros reyes? Porque esta parece haber faltado en vosotros: lo primero, y tan sabido, en los tiempos de las Comunidades de Castilla; pues en las Indias, á donde estamos, de los cuatro hermanos, Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, bien sabeis la mala cuenta que dió Gonzalo en lo de Chupas, cerca de Guamanga. Lo de Francisco Hernandez Giron, lo de D. García de Solís Portocarrero, en la misma Guamanga; en Chuquisaca, lo de los Castillas, y en la misma ciudad lo de D. Gonzalo Luis de Cabrera; y lo de Quito, no se os olvide; y en Potosí, bien sabida es la riza que hizo D. Rafael, y así, os fuera mejor callar.»

A esto respondió Alonso, que todo lo dicho era verdad, pero que advirtiese: Que las Comunidades, demas de la excusa que los pueblos tuvieron y daban de verse sin un Rey, y tiranizados de flamencos, que en esas Comunidades y rebeliones, entraron los vascongados, como abajo lo probaré; y todos los otros que he dicho eran hombres particulares (se refería á la anterior conversacion). Demás que, si un Pizarro dió mala cuenta, la cual por sentencia está ya revocada, y él dado por leal (además que éste no fué el que ganó el reino, sino su hermano el marqués Francisco Pizarro, el cual y Hernando fueron ejemplo de leales caballeros, que dieron á su Rey una tan grande monarquía) (2), y si hubo un hombre tan bajo cual Francisco Hernandez Giron en Guamanga, todo lo mejor de la ciudad dió sobre él y lo rompieron (3). Lo de D. García de Solís, en la misma ciudad, se vió por testimonio así porque se le halló sola su espada, como por la pasion conocida del juez, á quien en Lima había dado de patadas en casa de una mujer; que cuando más no fuera que ver cuan mal han acabado los que le siguieron, los males que en aquel lugar han venido, le justifican (4). Los Castillas de Chuquisaca fueron llevados y capitaneados de un vizcaino llamado Juan de Ugarte (5): lo de Chuquisaca, de D. Gonzalo, bien se sabe que no había en la Audiencia mas que el oidor Lupidana, vizcaino, al cual el dicho Gonzalo cogió con una amiga suya, y lo molió á coces y porrazos porque no era justo herirle; el cual oidor se juntó con un alcalde de Chuquisaca, llamado Andrés Martínez de Guillástegi, y viniendo de Chuquisaca á Potosí para ir á España lo prendieron y degollaron; y como quien iba á España no se querría alzar, así ha

mandado S. M. dar su renta á sus hijos (6). Pues los de Potosí en tiempo de D. Rafael, harto disparate fué darle este nombre, á cuatro hombres oficiales y que no tenían en qué dormir una cama, ántes yo entiendo que no era otra cosa sino querer tomar un hartazgo de matar vizcainos, obligados de las muchas demasías que les vian cometer y de verlos tan señores de la tierra, que los castellanos tan abatidos habían ganado en tiempos pasados. Porque lo demas ¿qué gente eran estos, ni que gente, fuerza, ni armas tenían para intentar cosa alguna? (7)

Y de nuevo añadió Alonso: ¿Habeis oido decir, hermano Martin, un cuento de cuando se puso en disputa un cristiano y un judío, sobre que el que diese más santos mártires de su Ley fuese sacando al otro otros tantos pelos de la barba? El cristiano en la primera partida dió las once mil virgenes, y no quedó pelo en la barba del judío. Así digo yo (dijo Alonso): vamos á España y entremos en las cuatro Provincias Vascongadas, y por particulares de la nacion á quien achacais poca lealtad, os la daré yo todas las cuatro vuestras, con ménos ó ninguna. Y porque esto es mancha grave, no digamos á carga cerrada sino lo que ha habido en cada una, y empecemos por vuestra tierra, la Señoría, que es de las más españolas.

VIZCAYA.—¿Vos no sabeis qué cuenta el P. Mariana, autor de los mejores de España, en el principio de su primera parte cuando trata de lo que al principio puso en su suma? Dice, pues, y vuestras historias no lo niegan, como en tiempo de D. Alonso el Magno, tercero de Leon y Asturias y señor de Castilla, y de todo lo que en aquel tiempo en España había quedado de cristianos, se le rebelaron y alzaron los vizcainos, siendo el dicho D. Alonso su natural Rey y Señor; el cual, enviando sobre ellos su hijo D. Ordoño, ellos tomando contra él las armas, le vencieron y le hicieron gran matanza en sus gentes, que para eso se llamó el lugar de la batalla *Arrigorriaga*, que quiere decir piedras sangrientas. Y no contentos con esto, para que la tiranía y alzamiento fuese consumado, nombraron por su Señor á un muchacho llamado *Zuria*, que quiere decir blanco, el cual dicen que era descendiente de los reyes de Escocia. ¿Como si no lo fuese más natural su Señor y Rey el dicho D. Alonso! El cual, por las guerras de los moros, disimuló, y duró la descendencia de dicho *Zuria* hasta tiempo de D. Diego Lopez de Haro, en que ya había reyes en Castilla juntos á los de Leon; el cual D. Diego Lopez de Haro no fué vizcaino sino castellano, montañés, nacido en Aguilar del Campo, en las montañas, cerca de la villa de Castañeda. Éste entró en el Señorío de Vizcaya con las fuerzas de Castilla, á cuya devocion quedó siempre, como ahora lo están los potentados de Italia (8).

Duró la descendencia de este caballero hasta el tiempo del rey de Castilla D. Pedro el Cruel, que quedó en una niña, la cual se trató de casar con D. Tello, primo del dicho rey; el cual, habiéndose apoderado de la niña, fué á Bilbao con el dicho D. Tello para hacer el casamiento, y allí, ó por crueldad, ó por atajar á que no se prescribiese su derecho que como Rey de Leon tenía á aquella Señoría, hizo un hecho tan cruel como los demas suyos, que fué matar al príncipe D. Tello y echarle una mañana muerto en la plaza de Bilbao, diciendo: «Vizcainos, ved ahí á vuestro Señor.» Y con esto recogió la niña á Castilla y se quedó con Vizcaya.

Y de Bilbao salió aquel tirano que en tiempo de las Comunidades trujo alterado todo el reino de Valencia y á sus vireyes, como se puede ver en la primera parte de la *Historia de Carlos V* por fray Prudencio de Sandoval (9). Leed la vida del Gran Capitan escrita por Paulo Jovio, folio diez y ocho, cuán tirano fué uno de vuestra tierra llamado Machin, aún contra el mismo Papa, que en teniendo de su mano el castillo de Hostia, se alzó con él y puso en aprieto la misma Roma y el Papa; de manera que fué menester venir á vencerle el mismo Gran Capitan, el cual le alcanzó la vida del Papa, con que le afrentasen en Roma en un caballo flaco en una enjalma, y le desterró á Francia. En la misma vida del Gran Capitan hallareis cómo en el cerco de Taranto mandó ahorcar á un fulano de Iziar, vizcaino, por gran traidor contra S. M. Esto es en lo tocante á la Señoría (10).

GUIPÚZCOA.—Vamos ahora á la segunda provincia, que es la que se llama Guipuzcoa ó generalmente la Provincia. Tampoco nos tenéis que imputar de poco leales, pues toda esta provincia se alzó contra el Rey de Navarra, que por este título le tiene Castilla, y tomando las armas contra él, le dieron batalla, á donde entre unas piezas de artillería le cautivaron; y siendo tan prohibido por derecho divino y humano poner mano en los Reyes, los provincianos, le atando como á perro, le acollonaron; y es esta tan gran verdad, que éstas son hoy sus armas. Este Rey pusieron entre estas piezas de artillería, sino que ahora es con alguna diferencia, porque cuando en nuestros tiempos pasó por allí la reina francesa doña Isabel de la Paz, tercera mujer de nuestro Rey D. Felipe II el *Prudente*, viendo la dignidad real tan afrentada, de que estaba acalorado, hizo con los provincianos que le atasen por la cintura como hoy lo está.

NAVARRA.—Pasemos á la provincia de Navarra, de la cual tiene España la menor parte, porque lo más, que es la alta, lo tiene Francia. Esta fué ganada, por fuerza de armas, por D. Fernando el *Católico* á D. Juan de la Brit (Albert), cuando huyendo de

Pamplona lloró, y le respondió su mujer doña Catalina, reina propietaria, «que llorase como mujer, pues no la había sabido defender como hombre.»—Y la poca satisfacción que nuestros reyes tuvieron de los navarros, se lee en el dicho P. Mariana al fin de la segunda parte; y de cuantas casas y familias echaron de Navarra, y de cuantos contra los dichos reyes se alzaron en el dicho reino, baste por el mayor de los ejemplos, todos de parcialidad, la quebrantó á su Rey y Señor natural de España, con que echó á perder y manchó tantos hechos ilustres suyos, y quiso Dios viniese á morir á manos de españoles, preso en Castilnovo en Nápoles.

Demas que hoy, en estas Indias, los más que en ellas andan con nombre de navarros nuestros son navarros de Francia, porque siendo la mayor parte del reino la que está por Francia, y todos unos, y la lengua misma, se ha de entender que la más gente es de la mayor parte de la tierra, la cual, como he dicho, fué ganada á fuerza de armas por el último conde de Alba y primer duque, abuelo de los famosos duques de Alba, cuando aseguró el reino en el paso de San Juan de Pié del Puerto, que por eso son condestables de aquel reino. En el cual nos quiere decir, hermano Martín, que siempre que los franceses han entrado, ha sido atendidos á la acogida que nuestros navarros bajos prometían á sus navarros altos, y por esto nuestros reyes aseguran á Pamplona con sus castellanos, como las más fronteras vuestras lo están, es á saber: Fuente-Rabía, San Sebastian y los demas. ¡Y sabe Dios, si fuera de la Señoría y la de Alava, si era conveniente que navarros y provincianos pasasen acá, por los muchos vasallos de sus tierras, que debajo de estos dos nombres trae por acá el rey de Francia!

ALAVA.—Resta la provincia de Alava, cuya cabeza es Vitoria, la cual siempre ha estado sujeta á los reyes de Castilla, aunque algunas veces han tenido algo de ella los de Aragon. Esta fué en tiempo de las Comunidades la más comunera, despues de la gente plebeya, tundidores y cardadores de Segovia enueltos en caballeros. De manera, hermano Martín, proseguía Alonso, que por particulares alzados, si los hubo en mi nacion, yo os doy todas las cuatro naciones vuestras y provincias; pero tratando de sujetos particulares, en que se ve más la verdad, ántes que salgamos de España, acordaos de aquel clérigo vizcaino, que se cuenta en la *Vida de Carlos V*, primera parte, cuando las Comunidades, que en la estacion decía:—«Hermanos, rezad entre vosotros un *Pater noster* y un *Ave María* por Don Juan de Padilla y doña María Pacheco, su mujer, que estos son los legítimos reyes y señores naturales de Castilla, que los otros son tiranos.»—Verdad es, que haciéndole despues los soldados de D. Juan de Padilla no sé qué mal recado en una

moza que tenía llamada Catalinilla, y comídele unas gallinas y bebídele el vino, mudó de recado y mandaba que rezasen por Carlos y Juana; y daba la razon porque los de Juan de Padilla eran unos bellacos, que se habían revuelto con Catalina, y bebídele el vino y comídele las gallinas. Pero pasemos á los particulares de las Indias.

Leed á Antonio de Herrera en la primera parte de *Las Indias*, á fojas sesenta y dos, capítulo diez, y hallareis cómo los primeros que las revolvieron fueron dos vizcainos, y quisieron en la isla Española atar al famoso Cristóbal Colon. ¿Qué hombre ha habido en el mundo que tanto haya dado á su rey como el marqués Francisco Pizarro, que le dió un imperio, como es desde la isla del Gallo hasta el estrecho de Magallanes (más que todo lo que tuvieron griegos, persas, asirios, ni babilónicos), conquistado á su costa, con ayuda de sus hermanos y de Diego de Almagro? No hubo en el mundo Belisario tan desgraciado como éste; porque cuando no era mucho que el Emperador le diese título de Gran Duque y le hiciese muy grande, entónces la traicion de Juan de Rada, vascongado de vuestra tierra, en compañía de un mestizo hijo de Almagro, estando el dicho marqués en la silla del Emperador, pues era su virey, lugar-teniente y capitán general, marqués, cabero de la órden de Santiago, dador á su rey de una tan grande monarchía, y por su rey hasta el gobernador y capitán general de ella; fué Juan de Rada con el mestizo y otros de su faccion, y en palacio, en la ciudad de los Reyes le mataron atrocmente. Y el dicho Juan de Rada alzó por el rey al dicho mestizo, estando el cuerpo del mejor hombre de las Indias intitulado con las insignias reales del rey tres dias, sin que nadie se atreviese á darle sepultura, y atajándose con esta traicion á que sus servidores no se premiasen, ántes ha sido menester pleitos para sus descendientes sacar alguna pequeña satisfaccion. ¿Qué traicion, qué atrocidad, qué tiranía llega á esta de Juan de Rada? (11)

En la provincia de las Charcas, ántes de haber Audiencia, era gobernador el general Hinojosa, extremeño, y un vascongado de vuestra tierra, inquietó á los Castillas y les capitaneó, persuadiéndoles se alzasen, como lo hicieron, y lo matasen. Ved y leed la crónica de aquellos tiempos, que segun ellas hablo. El famoso Ariosto, queriendo pintar á un consumado traidor contra su rey, no halló otro ejemplo, sino el de Corebo, vizcaino (12). Y no es necesario traer los ejemplos de Lope de Aguirre, que sobra este hombre para manchar mil naciones, en traidor, en tirano, en atrevido á su rey y señor natural; pues le pedía títulos de los reinos, que Dios y sus vasallos le habían dado. Leed á Antonio Herrera, tratando de este Aguirre, y de la jornada que hizo en compañía de Vergara, vascongado de su tierra,

y hallareis cómo entónces se vido un principio en los bandos que hoy vemos en Potosí, de que los vascongados se ayuntaban sobre sí contra los castellanos, y unos y otros acabaron tan mal como lo dice la historia. Demas que, áun á estos que vos llamais alzamientos nuestros en las Indias, han dado siempre ocasion vuestras demasias y tiranías. Bien entiendo ya, hermano Martin, que si vosotros pudiéades entablar en estos reinos, que, como vos decís, voluntad visto, habiades; pero somos los de las otras naciones muchos, y no quedára pelo de vosotros: así, como sagaces que sois, haceis de la necesidad virtud y disimulais. A lo ménos, no sé yo qué fuera de nosotros, si vosotros en esta ocasion presente quedárades de arriba; pero fuera lo que de los nuestros que fueron en la jornada de Lope de Aguirre y de Vergara (13). Vos no me podeis negar que la plata de nuestras Indias la meteis en Francia, por la vecindad que con ella teneis, con quien casais y emparentais, con quien amais y bebeis, y para ello, si os da gusto, decís que apelais. ¡Cuántos franceses que hablan vascongado andan entre nosotros en las Indias, y nos llevan nuestras (mujeres), y cuando os veis mohinos nos decís que á Vizcaya no le faltará marido! Esta razon era para el tiempo del rey D. Alonso tercero de Leon y de su hijo D. Ordoño, cuando eran reyes de dos palmos de tierra; pero ahora, decid, Vizcaya tiene doce leguas, la Provincia otras doce, y al respecto las otras dos; pues pregunto:—¿Para doce leguas tendrá Felipe doce mil hombres, mil para cada legua, y para catorce leguas faltarán los otros catorce mil á mil por legua? Demas que todo el mundo se halla bien con España, y por hierro os damos plata nuestra. Andalucía son vuestras Indias y paraiso, que por eso no pensais que por acudir por las demasias que en Potosí habeis hecho se han de inquietar vuestras tierras, queriendo perder el bien de que España las hinche; y hubiérades vosotros vivido en Potosí, con la modestia y compostura que en España, y no os hubiera venido esta persecucion.

—Bueno está, bueno está,—dijo Martin,—que vos, hermano Alonso, en tanto que tomais la taba, como dicen, no la dejais tan presto. Es verdad todo el discurso que habeis propuesto, como sacado de tales autores, porque como nosotros no fuimos nacidos en los tiempos pasados, no sabemos de ellos más de lo que las historias nos dicen, y por ellas nos regimos. Pero decidme: ¿no se echa de ver vuestra deslealtad é ingratitud en lo que estos dias, que estas pendencias hemos visto, que usasteis los castellanos con los portugueses, que habiéndolos hallado siempre á vuestro lado en todas las ocasiones, hasta contra vosotros, por decir ellos la tierra era vuestra, y que querían vivir con los más, á la postre llegasteis á dar armas para matarlos, y más

que fué en favor de gente tal como mestizos? Esto es deslealtad é ingratitud. ¿Qué se puede fiar de vosotros, ni esperar, sino que sois bandoleros de viva quien vence, y que sois como cantones de Alemania, que os servís de la gente en tanto que la habeis menester, y despues le mostrais las puntas de las picas? ¿Hubiéramos nosotros hecho esto aunque fuera en favor de mejor gente? Y sabed que quien no guarda lealtad al amigo no tiene razon.

—Yo os confieso,—respondió Alonso,—que á todos ha parecido mal la mudanza que con los portugueses se hizo en esta ocasion; ni le hallo color de excusa, sino decir que algunos portugueses se pusieron de parte del corregidor D. Felipe Manrique, de quien este pueblo se hallaba tan receloso, llevados de un fulano Mattoso, su criado, y de un hidalgo llamado D. Francisco Varreto, que en Portugal los caballeros Varretos, Mendozas, Sampayos y Acuña no usan de dones, aunque lo pueden usar como los Meneses y Coutiños, sino que conservan su nobleza como sus mayores; y no se tendrá por Varreto, ni por Mendoza, ni por Sampayo el que se llamase estos apellidos con don: demas que en el Algarbe, de donde dicen es este Varreto, no hay más Varretos que el alcaide del castillo de Faro, el cual estuvo en este reino, primo hermano del principe de Esquilache. Y sabed que yo, aunque soy de Búrgos, y que lo sé al fin, doy por excusa de nuestra ingratitud para con los portugueses, que tan diferente pago merecian, y que en el Brasil tan bien nos reciben, el haberse siete ú ocho de los dichos portugueses juntado con el corregidor D. Felipe, á quien teniamos por nuestro mortal enemigo; pero demas desta razon no ser excusa bastante, debiéramos nosotros los castellanos acudir á componer y á defender gente tan honrada y valerosa. Pero, ¿qué quereis que os diga sino que hasta á la amistad y hermandad de aquellos, que teniamos, hizo mal y daño la venida de D. Felipe á Potosí? Y si vale decirlo, digo que nosotros nos enmendaremos, porque á lo mal hecho, y que de sí es malo, por más que se diga no se halla excusa; y por semejantes sinrazones van padeciendo cada dia los nuestros, segun vemos; que cualquiera castigo, aunque arrebatado, cae y parece bien en una mala correspondencia (14).

(Continuará.)

LA MÚSICA EN LA ANTIGÜEDAD.

II. *

Lleva por título el segundo libro *Armonía y Composición*, y en el primer capítulo se trata del sonido de los tonos y de los sistemas ó escalas. Después de una repetición exacta de las antiguas definiciones respecto á aquellos conceptos, hace ver el autor la admirable precisión (en contraposición de la teoría moderna) con que se apreciaban las relaciones melódicas del sonido y de los intervalos recíprocamente para su aplicación práctica á la música. Esta lección merece detenido estudio, porque ofrece al músico moderno mucha novedad, y al estado actual del arte medios suficientes para hacerle comprensible lo que parece más difícil. Pudiera pensar alguno que lo que la doctrina de la armonía es para nosotros, lo era para los antiguos la de la melodía; pero no por eso vaya á verse en ella una restricción perjudicial á la espontaneidad musical, pues con la misma razón podría creerse limitada la libertad del compositor moderno porque está reducido á escribir un tono más alto ó una sétima más bajo.

Después de consideraciones teóricas necesariamente extensas, entra el autor en el terreno de las escalas musicales. Los descubrimientos más recientes sientan como cosa fuera de duda que los antiguos usaban en la práctica numerosas escalas de la manera más completa y más variada. En esta materia, como dejamos dicho, eran los antiguos muy superiores á nosotros. Mientras nuestra armonía sólo admite una escala sostenida y otra bemol, trasportables ambas á los doce grados cromáticos contenidos dentro de la octava, los antiguos admitían siete escalas diferentes, distribuidas en dos tetrácorde (1), las cuales, representando cada una por sí un tono, estaban en condiciones para la trasposición como nuestro mayor y menor. Estas siete escalas podían además, según el género correspondiente, de que hablaremos después, modificarse y convertirse en diatónicas, cromáticas ó armónicas. Además de esto, ciertos grados de los dos géneros que quedan mencionados admitían todavía algunos delicados matices de la entonación.

Eruditos modernos han tratado de reducir estas que llaman *sutilezas* á una simple especulación científica, y á veces hasta negar su existencia; pero el testimonio unánime de antiguos escritores, tanto de los pitagóricos como de los sucesores de Aristóteles, rechaza aquella injustificada hipótesis. ¿Por

qué no había de procurar un pueblo, dotado de un oído cuya delicadeza era proverbial entre los antiguos, producir ciertos efectos por medio de ciertos matices delicados que son apenas perceptibles para nosotros los modernos, que seguimos otros derroteros musicales muy distintos? Durante cinco siglos esas que Gevaert llama *sutilezas*, fueron empleadas desde Aristóteles hasta Ptolomeo, sin alteración esencial en la práctica. El autor examina minuciosamente la doctrina de las escalas hasta en sus menores detalles, consagrando después á los tonos ó modos análogos á dichas escalas el capítulo segundo.

De todos los ramos del arte musical antiguo ninguno ha despertado tan acentuada curiosidad como éste, lo mismo por parte de los filólogos que de los músicos. Esos modos, que conforme á la leyenda tenían la virtud de producir tan admirables efectos sobre los sentidos del hombre, tenían nombres de célebres naciones y de razas históricas, y hasta una antigua y constante tradición asegura que los cantos griegos se transmitieron á las razas germánicas y célticas. La patria de los *Old Scottish Ballads and minstrels* es la patria de aquellos hombres de sentimiento y de todas las bellezas, *Hellas*, la Grecia. Sobre los cimientos profundamente religiosos de la manera católica del antiguo origen, se asentó tras sucesivas construcciones el grandioso edificio de la música moderna, y no podemos menos de reconocer, por lo tanto, los vínculos que unen á esta última con el arte de la antigüedad.

Empleando, pues, para la más fácil inteligencia del lector, el lenguaje musical de nuestros días, paso á hacer aquí una ligera reseña de la teoría de los modos ó tonos de los antiguos.

El sistema armónico griego se compone de tres modos fundamentales: el *dórico*, el *frigio* y el *lidio*. El *dórico*, el de la primitiva *Hellas*, que corresponde al nuestro desde el alto hasta el bajo menor, se subdivide en dos subtonos, los cuales, por medio de diferentes terminaciones, se caracterizan por la dominante (*dórico*), ó por la tónica (*hipo-dórico* ó *eólico*). El modo *frigio* tiene por base una escala *mayor* cuyo sétimo grado baja medio tono, y tiene además, comparado con nuestro modo mayor, un sostenido menos ó un bemol más. Estos subtonos toman la verdadera forma frigia con la terminación sobre la dominante; la *hipo-frigia* ó *jónica* con la terminación sobre la tónica, y la *mixo-lidia* ó *syntono-asiática* sobre la tercera.

El modo *lidio* es una escala mayor cuyo cuarto grado forma un tritono con la tónica, y comparado con nuestro modo mayor tiene un bemol más ó un sostenido menos. Los subtonos terminan como modo puramente *lidio* sobre la dominante, el *hipo-lidio* sobre la tónica y el *syntono-lidio* sobre la ter-

* Véase el número anterior, pág. 401.

(1) La manera de dividir una octava *do, sol, do*, se consideraba inarmónica y contraria á la melodía entre los antiguos. La división que estos hacían era: *do, fa, sol, do*.

cera. Pudiera objetarse que esta manera de explicar los modos griegos no es conciliable con la naturaleza del arte antiguo, y que las ideas y los conceptos modernos que nacen del seno de nuestro arte polifono, y que sólo dentro de él pueden desenvolverse, los aplicamos á un asunto completamente extraño. Semejante apreciación, sin embargo, sólo puede ser justa si se parte del punto de vista, harto inexacto, de que el arte musical entre los griegos era unisono ú homofono. Los modos griegos se consideran á veces como exclusivamente melódicos y desprovistos de toda fórmula ó signo que tenga por base la armonía, y como formados, digámoslo así, fortuitamente; pero es lo cierto que ni en el pueblo griego ni en ningun otro país civilizado se ha conocido jamás semejante género de música, que no tendria nombre.

La subordinación indispensable de todos los elementos musicales, en cualquiera composición, á un tono fundamental ó nota tónica que exige á su vez un acorde de quinta, está fundada en un principio fisiológico y estético que no admite modificación. Cualquiera música concebida de otra suerte, no es más que el ruido que suelen emplear los pueblos incultos como medio de expresión más ó ménos articulada. El arte comienza siempre por el sentimiento de la unidad.

Gracias á una feliz casualidad, de entre las ruinas de la música de los antiguos se han conservado muestras de cada una de las categorías de los modos primitivos, las cuales prueban que el principio de unidad era tan respetado entre los antiguos como lo es entre los modernos.

En el pequeño fragmento syntono-lidio del anónimo se encuentra el acorde de tónica *Fa, La, Do* (lidio); en el himno á Némesis, el acorde de la tónica *Sol, Si, Re* (frigio), y en los ejercicios instrumentales que han llegado á nosotros, el acorde de la tónica *La, Do, Mi* (dórico).

Las hipótesis indicadas más arriba no pueden, por lo tanto, sostenerse satisfactoriamente, puesto que en las piezas musicales citadas tenemos una prueba incontestable de que los tonos griegos tienen en sí un carácter esencialmente armónico. En cuán distintas direcciones se ha desarrollado este principio armónico, se comprende desde luego por medio del análisis de los modos dórico y frigio, en los cuales, por falta de una escala necesaria para la perfecta cadencia é indispensable para el oído de los modernos, ocupa la dominante un lugar enteramente secundario.

La doctrina del *Ethos* (carácter) de los tonos era en la antigüedad de la más alta importancia y constituía, por decirlo así, el complemento del estudio de la *melopea*. Las composiciones, segun su naturaleza, tomaban una forma diferente, dórica,

lidia ó frigia. Si varía la naturaleza del modo, se modifican, segun Aristóteles, las sensaciones del auditorio y siguen el *Ethos* que ha dejado impreso el tono. La obra de Gevaert nos presenta los rasgos característicos de los modos de Platon y de Aristóteles, y con gran número de ejemplos prácticos de los cantos más antiguos, liturgias, corales y cantos nacionales escoceses, irlandeses, suecos y de la Bretaña, nos da una idea clara del mencionado *Ethos* de una manera instructiva. Nada refleja tan fielmente la originalidad intelectual de un pueblo como sus cantos nacionales, y todavía hoy podemos reconocer los caracteres particulares de las razas griegas en sus modos. Ahora bien: si, como es indudable, esta doctrina del *Ethos* era una realidad objetiva, pues de lo contrario seria preciso declarar que los antiguos escritores no han hecho más durante muchos siglos que repetir frases vacías de sentido, se ocurren á la imaginación las siguientes preguntas: ¿Conserva todavía entre nosotros esa doctrina del *Ethos* una importancia estética? ¿Está hasta cierto punto confirmada por nuestro sentimiento musical? ¿Podemos distinguir y comprender los matices de los diferentes caracteres de los modos? ¿Ó es que existe una diferencia radical entre el sentimiento musical moderno y el antiguo, y debe, por consiguiente, ser la música, entre todas las bellas artes griegas, la única que haya de quedar como enigma indescifrable para nosotros? A todo esto pudiera contestarse que, á consecuencia del inmenso desenvolvimiento de la polifonía moderna y del correspondiente tipo general de la melodía, los antiguos modos se fundieron en uno, desapareciendo el *Ethos*, pero quedando siempre un elemento intermediario y comun, la melodía homofónica, tipo universal é inmutable del canto vocal.

La aplicación de un método anti-armónico en los modos, deja suponer esta hipótesis, pero no sucede lo mismo en el melódico; y seria digno de esmerado exámen ver si en nuestro arte moderno no pudiera tener lugar la misma tendencia hácia la forma melódica estética. El admirable y sublime adagio del cuarteto de Beethoven en *La menor*, compuesto en tono lidio y modulado con extremada polifonía, demuestra que esta necesidad no es del todo quimérica respecto á otros tonos además del sostenido y el bemol.

La idea de un puro retroceso al arte griego es buenamente una extravagancia: únicamente sobrevive á todas las edades aquello que la inteligencia ilustrada ha reconocido y definido por medio de reglas sobre los fundamentos del verdadero arte. Una imitación exterior no puede nunca dar frutos viables, mientras, como dice perfectamente Curtius en su obra *La Antigüedad y el Presente*, de la inti-

ma union entre el espíritu moderno y el griego han brotado nuevas fuerzas creadoras que han producido lo más perfecto en nuestras artes. Corresponde también á este párrafo la teoría de los modos y formas auténticas de un tono. El mismo tono ó modo se mueve en sus escalas de quinta á quinta, y auténticamente de tónica á tónica. Para la teoría moderna semejante distincion carece de importancia, y respecto á estas irregularidades no ha creado terminología especial; pues, como dejamos indicado, para el arte musical de nuestros dias, sobre todo, las cuestiones que se refieren á la construccion de una melodía son ya de muy escaso valor.

Para terminar las consideraciones sobre este ramo de la música, debe tenerse muy presente que esta materia, si bien tan complicada como cualquiera de las demas doctrinas griegas (pues cada tono tiene, por decirlo así, su teoría propia), es, sin embargo, fácil y sencilla cuando se está familiarizado con las reglas sobre los tonos, intervalos y escalas en toda su extension.

El autor consagra el capítulo III á la teoría de la trasportacion, que abraza al mismo tiempo la de los tonos griegos y sus accesorios, la extension y colocacion de la voz humana, las formas externas y los mecanismos, y las aplicaciones prácticas á los instrumentos músicos. Además del conocido sistema de Ptolomeo y del de Aristóxenes, aceptados por nosotros, ocúpase de todos los otros sistemas de trasportacion, analizándolos de una manera superior y clarísima. Y aún cuando las relaciones numéricas constituyen una parte integrante del asunto, indispensable para la explicacion de esta doctrina, y al tratarlas note el lector un tanto de aridez, le compensará con creces la cuestion propiamente poética de la voz humana en relacion con el Ethos ó carácter que le atribuían los antiguos. Nosotros los modernos, en el terreno de la trasportacion, al ménos en la parte técnica, somos discípulos é imitadores de los antiguos.

Durante toda la Edad Media, hasta la aparicion de los llamados tonos absolutos, la idea de la trasportacion dejó de existir y no resucitó hasta principios del siglo XVI, en que volvió á renacer la música instrumental. En el XVII aparecen por primera vez los tonos modernos entre los maestros de la escuela romana, Frescobaldi, Carissimi, Rossi, y en 1722, año tan célebre en los anales de la música, estableció Rameau el nuevo método de armonía en que se halla comprendido el de la trasportacion; y casi al mismo tiempo Sebastian Bach, en su método de piano, hizo la aplicacion práctica de las doce escalas de trasportacion, volviendo así á restablecerse, despues de un olvido de más de 1.200 años, el sistema de Aristóxenes. Y todavía en esto, como en otros ramos del arte musical, el espíritu de los an-

tiguos, fiel á sus principios universales (y á esto le da especial importancia el autor), continuaba dirigiéndose á un objeto contrario á las apreciaciones modernas. La variedad de tonos nos sirve para aumentar la extension de los sonidos, para engrandecer y elevar la instrumentacion y utilizarlos de diferentes maneras, al contrario que á los artistas griegos, á quienes servía para reducir la materia de la melodía á un espacio lo más pequeño posible, en una palabra, para producir la mayor riqueza por medio de los recursos más limitados.

Añadiré unas cuantas palabras sobre el *Ethos* ó carácter de las voces de que se ha hecho mencion, y advertiré que la eleccion de estas y su colocacion eran de la mayor importancia, en lo que se refiere al carácter de la melopea. Por ellas se establecía la diferencia entre tres grandes géneros de estilo en la composicion. Las voces y sonidos altos, *hipatoïdes*, solian emplearse en el género trágico; las voces medias, *mesoïdes*, en el ditirambo; los bajos, *netoïdes*, en los géneros más profanos, como árias, baladas, conciertos, variaciones, etc. La eleccion de voces se ajustaba á su vez á la eleccion de modos ó tonos, y de esta manera resultaban los diferentes *Ethos* en un conjunto armónico.

Examinando las citas que oportunamente hace Gevaert de las obras de Nicomacos y de Aristóxenes sobre la formacion y perfeccionamiento de la voz humana, se ve que el método de los griegos, cuyas reglas, por desgracia, no han llegado á nosotros, es en su totalidad muy análogo al de la antigua escuela boloñesa de canto. El autor, además, cree que, aún hoy, la superioridad de los italianos en el arte de escribir para canto la deben á la aplicacion de los principios de los antiguos.

En el capítulo IV, en que se trata de los géneros y matices, se habla de muchas cosas nuevas y aún extrañas á la inteligencia moderna.

Todas las combinaciones musicales, esto es, las que el autor explica en este capítulo, tienen por base el uso de una ó de dos escalas diatónicas de tonos extraños y dentro de una octava, sin que por esto se verifique una modulacion. Esta especie de tonos las usa muy frecuentemente también la música moderna, particularmente en la cromática. Lo mismo la cromática de los antiguos que la de los modernos, es la division de un intervalo de tono en dos medios característicos; pero con esto concluye también la analogía, pues mientras que por nuestra teoría esta division puede, á voluntad, tener lugar dentro de toda la octava, la antigua cromática sólo admite dos medios tonos en cada tetracorde; su escala tiene además, lo mismo que la diatónica, sólo siete grados. Conforme á nuestras reglas de armonía, todos los tonos, así de la melodía como de la armonía, ya cromáticos, ya diatónicos, y hasta las

mismas notas de adorno, deben unirse armónicamente entre sí y estar basados en un acorde; deben, en una palabra, estar en relacion determinada con la tónica. Entre los griegos, los tonos externos nacen únicamente de cada uno de los tetracordes de la serie de quinta, y sólo tienen un carácter armónico definido. Los tonos intermedios no son más que de forma melódica, modificándose su entonacion conforme á reglas teóricas muy complicadas. Por medio de una notable combinacion, siguiendo este principio, suele hasta dividirse frecuentemente el medio tono en dos cuartos de tono; así, pues, hallamos, por ejemplo, entre *Mi* y *Fá* un tono intercalado que es más alto que *Mi* y más bajo que *Fá*. Esta alteracion de tonos, principalmente en el arte melódico de los antiguos, hace un papel análogo al de las discordancias polifonas de los modernos, y pudieran llamarse disonancias melódicas. En esto consiste una de las principales diferencias, acaso la única importante, entre la antigua y la nueva teoría que podría extrañar al músico moderno.

Felizmente, sobre ningun otro ramo de la ciencia musical de los antiguos estamos más sólida y completamente enterados que acerca de los géneros. Así, pues, la mayor dificultad consiste, no en apreciar esta doctrina, sino en poder utilizar su aplicacion en la práctica de una manera estética.

Procuraré ahora precisar la diferencia de los géneros. Conforme á la definicion antigua, el género es la mutua relacion de los tonos de que se compone la consonancia de cuarta. Es la manera de dividir el tetracorde. Los dos tonos exteriores de un tetracorde permanecen inmutables, separados el uno del otro por un simple intervalo de cuarta; por eso se llaman *estótes*, tonos fijos. Los grados intermedios cambian, sin embargo, su entonacion segun es el género diatónico, cromático ó armónico, sólo que no debe nunca ser más alta que el diatónico, y se llaman tonos variables (*kinoumenoi*). El género diatónico tiene este nombre, porque en él las cuerdas dilatadas de los tonos movibles relativamente á los otros dos géneros contienen el máximun de expansion (*diateino*). Ahora bien: para que un instrumento diatónico pueda templarse cromática ó armónicamente, se baja insensiblemente la entonacion de los tonos movibles en direccion de los fijos más bajos del tetracorde, ó, en otras palabras, se refuerza el intervalo superior del tetracorde. Como todos los tetracordes de una escala están formados de la misma manera, basta analizar uno sólo para comprender la forma de todo el sistema.

Pongamos por ejemplo el tetracorde *La, Mi*, advirtiendo, como ántes he indicado, que uso el lenguaje musical moderno para mejor inteligencia del lector. En el género diatónico los grados de tono

de alto á bajo se expresarian de la siguiente manera:

$\overset{\text{tono.}}{\text{La,}} \quad \overset{\text{tono.}}{\text{Sol,}} \quad \overset{\text{medio tono.}}{\text{Fa,}} \quad \text{Mi.}$

Ahora, para formar de este tetracorde diatónico otro cromático, bajamos el *Sol* diatónico medio tono y lo trasformamos en *Fa* sostenido, en tanto que el *Fa* conserva la misma entonacion que en el género diatónico. Los tonos se forman de alto á bajo de este modo:

$\overset{\text{pequeña tercia.}}{\text{La,}} \quad \overset{\text{medio tono.}}{\text{Fa sostenido,}} \quad \overset{\text{medio tono.}}{\text{Fa,}} \quad \text{Mi.}$

Para formar un tetracorde armónico do otro diatónico, bajaremos el *Sol* diatónico un tono entero y lo convertiremos en *Fa*, y el *Fa* que ya teníamos lo hacemos descender igualmente, pero sólo un cuarto de tono (sostenido armónico). Los tonos en orden descendente siguen de esta manera, para nosotros desusada:

$\overset{\text{grande tercia.}}{\text{La,}} \quad \overset{\text{cuarto de tono.}}{\text{Fa,}} \quad \overset{\text{cuarto de tono.}}{\text{Fa,}} \quad \text{Mi.}$

Nuestra escritura musical no tiene cifra alguna para esta serie de tonos, puesto que no admitimos, sobre todo, los cuartos de tono.

La explicacion especial de esta teoría del Género ocupa en la obra de Gevaert cerca de doscientas páginas, y proporciona al lector el conocimiento exacto de una teoría genial que supone un oido músico incomparablemente organizado.

Para terminar esta parte de la obra, añadiremos algunas observaciones que hace el autor en uno como resumen de la materia, y que, sobre poco más ó ménos, es como sigue:

Esta doctrina del Género ha parecido á gran número de autores tan extraordinaria, que no han tenido reparo en calificarla de una frívola especulacion ó ficcion teórica generalmente rechazada por el verdadero arte. Semejante aseveracion no merece una impugnacion seria, y aun cuando en estos tiempos no puedan invocarse en su abono los nombres de Aristóteles y de Platon, seria necesario, sin embargo, que la parte contraria declarase nulos el testimonio de toda la antigüedad y la veracidad de los más antiguos y célebres escritores teóricos cuyas obras se ocupan exclusivamente de la doctrina de los géneros. De este modo desaparecería aquella certidumbre, y la música griega sería un fantasma, un mero capricho de la fantasía. La pretendida prueba de la imposibilidad práctica en la ejecucion de la *Diesis* no tiene importancia resolutoria, y ya fué apreciada detenidamente por los antiguos: su efecto en el oido, aunque algo extraño, no es desagradable en absoluto, y hasta cierto punto puede compararse á los sonidos de atraccion que usan nuestros actuales solistas de violoncello y de violin. El autor añade además que la melopea griega

puede componerse de los tres géneros, cada uno de los cuales, como los modos y voces, poseen por su parte un Ethos. Pasa en seguida á ocuparse de los matices como principio integrante de los géneros.

Los llamados (xroai) matices ó modulaciones, son seguramente para la mayoría de los escritores modernos, y más aún que los géneros de que hemos tratado, un grandísimo escollo, y, sin embargo, ninguna otra parte de la música de los antiguos está más cerca de la esencia de las leyes constitutivas de este arte ni procede más directamente de la práctica. Cuando se comparan las infinitas divergencias de nuestros teóricos al fijar la relación de los intervalos con las escalas modernas, ó cuando seguimos atentamente la ejecución verdaderamente artística de nuestros violinistas y celebridades en el canto, no puede menos de echar raíces en nosotros la convicción de que las diferencias de entonaciones análogas á las de los antiguos se realiza constantemente en la ejecución práctica por nuestros artistas modernos. Nosotros operamos, digámoslo así, inconscientemente con una gran cantidad de fracciones de tonos que representan diversos matices, mientras que partimos siempre del equivocado concepto de que sólo podemos hacer uso de doce de ellos.

La parte de la obra consagrada á las modulaciones ó matices *Xroai* merece estudio detenido. El autor nos familiariza con las relaciones numéricas de Pitágoras y sus consecuencias, y de esta explicación resulta todavía un hecho muy curioso, y es que las divisiones más exactas de las escalas modernas adoptadas por Rameau, y más tarde por Hauptman, deben retrotraerse al primitivo sistema de Didymo y de Ptolomeo, que vivía cien años después.

La distinción acerca de un principio fundamental general (pues la doctrina de la armonía de los géneros es sólo especial) entre la música moderna y la de los antiguos, que de una manera tan concreta han sostenido siempre los discípulos de Hauptman, no es este lugar oportuno para tratarla. Es destino de los hombres más distinguidos que las más de las veces sus doctrinas sean mal interpretadas precisamente por aquellos mismos que creen comprenderlas más á fondo.

Los párrafos del capítulo V, que lleva por epigrafe *De la Melopea ó Composición melódica*, más que teóricos son de instrucción general. En ellos se enaltece la importancia que debe darse á la elección de los modos, voces y géneros, etc. en el principio de una composición, y somete con este motivo á la consideración del lector un principio estético predominante en toda la antigüedad y de que ya hemos hablado, pasando en seguida al examen teórico de la *Metábole*.

Como Rudolfo Watphal dice en la introducción á su *Métrica* que nadie ha precisado la esencia del ritmo como lo ha hecho en brevisimas palabras el griego Aristóxenes, creo que puedo permitirme emplear su misma definición para explicar lo que es la *Metábole*. «Entiendo, dice, por *Metábole* toda modificación del sentimiento, producida en nosotros durante el curso de una composición.» En estas pocas palabras toca el filósofo griego en el fondo de la modulación musical. Toda obra de arte tiene como hipótesis esencial la unidad en la variedad. Se necesita no sólo estar dominado de un pensamiento y por un sentimiento únicos, sino que, partiendo de un punto de vista técnico, es preciso revestir esa unidad de un elemento fijo y fundamental. En la música moderna este elemento es el tono, y por eso designamos una composición musical llamándola Sinfonía en *Re* bemol, Sonata en *Re* sostenido, Concierto en *Do* menor, Misa en *Fa* mayor. Los compositores clásicos de fines del siglo XVIII y principios del XIX hasta llegaron á considerar como necesaria la admisión de una tonalidad fundamental en la música dramática. Esta regla me parece fundada también en la naturaleza del asunto, pues el efecto estético de la modulación nace de la relación que procuramos establecer en nuestro sentimiento entre el tono inicial de aquella y el tono fundamental propio de la composición. Los antiguos no sintieron la necesidad de una unidad tonal en tan alto grado como los modernos, sobre todo en las obras muy largas. Conforme á los últimos descubrimientos de F. H. Schmidt, el principio de la combinación y de la unidad musicales del drama antiguo se ha encontrado más bien en ciertos períodos en que las formas rítmicas han vuelto á revivir. Pero la manera en que los modos y los tonos se seguían los unos á los otros, no era por cierto de menor importancia que en la armonía moderna, y revela una teoría enteramente parecida á la nuestra. Plutarco lo mismo que Aristóxenes suministran los datos más seguros acerca de este importante asunto, y, según ellos, tenemos que reconocer como indudablemente preestablecida, hasta cierto punto, la unidad de tono en el arte griego. Por su parte, Gevaert procura confirmar la exactitud de estos hechos por medio de diferentes citas de Ptolomeo y del Pseudo-Euclides. Dice el primero: «La *Metábole* ó modulación hace que nuestro espíritu pierda el hilo del canto habitual y conocido, si el orden regular, en un momento dado, se modifica, bien sea por el género, bien por el modo.» Y el Pseudo-Euclides, que nos ha transmitido lo más esencial de la doctrina de la escuela de Aristóxenes, dice: «Se produce una *Metábole* ó modulación del tono cuando del modo dórico (cinco b.) se pasa al frigio (tres b.), ó bien del frigio al lidio (uno b.) ó

al hipodórico (cuatro b.), y cuando, en fin, se pasa de una de las trece escalas á otra.

Vemos, pues, que no existe ninguna diferencia de principios entre la modulacion griega y la nuestra.

La manera y el modo en que se modulaba con los tonos griegos concluye el contenido teórico y detallado de este capítulo. Entre otros, nos presenta el autor, como muestra práctica, una magnífica modulacion de un canto religioso de la Iglesia católica. Este admirable pasaje (en el *Te Deum*) basta para demostrar que la extraordinaria sencillez del arte musical griego no excluye la fuerza de los efectos, que tan á menudo nos domina al contemplar las bellezas plástica y literaria de la antigüedad.

Los resultados obtenidos hasta el dia en las más escrupulosas investigaciones sobre la antigua polifonía forman el asunto de los párrafos siguientes.

Ya en 1811 suscitó Boeck la cuestion de cómo es que hablaban los antiguos de las diferencias de los tonos homofonos, antifonos, parafonos y diafonos, diferencias todas que están perfectamente determinadas en la teoría de los tonos é intervalos, y cómo negaban la consonancia de un *undécimo* tono, mientras afirmaban la de un *duodécimo* si no existía ya de ántes un principio de armonía análogo al nuestro. De entónces acá se ha puesto fuera de toda duda la existencia de la polifonía en la música greco-romana, y dilucidado este asunto de la manera más incontestable y exacta por M. Wagner en sus Memorias publicadas en 1861, que han ilustrado la cuestion de la polifonía con textos originales importantes.

Gevaert considera la discusion sobre esta materia enteramente terminada, y remite al lector á la contienda hace quince años concluida entre los grecólogos.

Tambien es cosa incuestionable que había existido una polifonía, si bien no se ha precisado la cantidad y calidad de la misma, y es de temer que las investigaciones acerca del particular ocupen por mucho tiempo la sagacidad de los filólogos. La armonía y la polifonía, si se quiere que exista esta diferencia, representan en el arte griego un papel secundario. En esto están de acuerdo los autores; pero de lo que nosotros llamamos «canto á muchas voces» no existía ninguna huella en la antigüedad, mientras que nuestra polifonía es al mismo tiempo un atributo de la música vocal y de la instrumental. El coro de los antiguos cantaba siempre al Unísono ó en la Octava; la diferencia entre el Solo y el Coro consistía únicamente en las diversas aplicaciones del número de voces á la extension del canto y del Ethos. Aristóteles cree que de todas las consonancias sólo la Octava es admisible en el canto, opinion que equivocadamente han citado muchas veces los que niegan la armonía griega como prue-

ba de sus asertos; pero no tienen presente que se trata únicamente de la música vocal y no de la música en general. Siendo la polifonía vocal desconocida para los Helenos, el acompañamiento del canto consistía, ó en repetir pura y simplemente la melodía, que era la única manera que admitía Platon en la educacion de los jóvenes, ó en que se añadiese al canto otro diferente, que venia á ser, segun las ideas modernas, el más primitivo de todos los acompañamientos. Aristóxenes habla, sin embargo, de una teoría del acompañamiento; pero todas las probabilidades son de que los griegos no conocieron nunca, ni en su música instrumental, esta parte de la polifonía antigua, pues de lo contrario se hubiera hallado necesariamente algun indicio en la literatura musical griega. Dos pequeños fragmentos de acompañamientos que nos han quedado no son bastantes para que por el camino de las conjeturas lleguemos á restablecer una teoría de la polifonía de la antigüedad. Sólo podemos sentar lo que sigue: la polifonía griega, aunque los acontecimientos la hayan impedido desenvolverse y no sea igual á la nuestra, descansa, sin embargo, sobre principios análogos, sin que por esto tenga nada absolutamente de comun con las monstruosidades armónicas especiales de los primeros tiempos de la Edad Media, y más bien tiene alguna analogía con la manera en que los cantantes de los siglos XV y XVI acostumbraban acompañar la voz humana en el laúd.

Los historiadores atribuyen el descubrimiento de la polifonía al inmortal inventor de la poesía yámbica, Arquilocos, hácia el año 700 ántes de J. C. Hasta aquella época, el acompañamiento parece resueltamente que sólo se verificaba al unísono de la voz cantante; Arquilocos fué el primero que creó una especie de contrapunto que, desarrollándose insensiblemente, llegó á ser de grande importancia. Se ha dicho que durante el Imperio romano ciertos artistas adquirieron grande fama en el *Hydraulis* ú órgano hidráulico, hecho que hace suponer, con más ó ménos seguridad, el cultivo de la armonía, puesto que no es concebible una ejecucion homofónica sobre un instrumento que por las descripciones de Hero de Alejandría y de Vitruvio debía ser tan complicado. A qué estado de insignificancia debió quedar reducida la polifonía de los antiguos, se demuestra fácilmente en que los cristianos, así latinos como bizantinos, al apropiarse las melodías greco-romanas, dejaban á un lado todo acompañamiento instrumental, quedando relegado al olvido poco á poco el contrapunto para volver á ser descubierto, por decirlo así, en el siglo X. Sólo merced á una obstinada perseverancia pudo florecer sobre una especie de música nacida de las más groseras tendencias estéticas aquella admirable polifonía que penetra en todas las creaciones modernas, y salir como

el Fénix de entre sus cenizas con incomparable belleza para desplegarse en toda su mágica y expresiva energía. Fueron necesarios siglos de tanteos y de inútiles esfuerzos para llegar á conseguir que una materia refractaria y la masa inerte de la armonía se soldasen con la melodía, operaciones que nunca logran realizarse sin pérdidas notables del arte. El desarrollo de la ópera en los siglos XVII y XVIII contribuyó mucho á devolver al canto solo sus derechos y supremacía; todas las tentativas de reforma en este particular habían tenido por único objeto relegar el elemento polifono á la parte instrumental de la composición. El punto culminante de esta tendencia lo ha alcanzado Ricardo Wagner en su Tetralogía, en la que la polifonía vocal se considera ya como absolutamente negada.

Así, pues (y esto lo creo, aun cuando se rian los contrarios), en lo que se refiere á la estética, hemos vuelto al drama musical de los antiguos griegos.

Hace más adelante el autor una preciosa descripción, que no debe pasar en silencio, acerca de la paulatina desaparición del arte antiguo, cómo su ritmo, su melodía y hasta sus mismas modulaciones de garganta, para expresarse así, se petrifican poco á poco y sólo dejan tras de sí la notación inerte y muda. En el tenebroso siglo XI, cuando desaparecieron las últimas huellas de la civilización greco-romana, brotaron los primeros gérmenes de un arte nuevo, que más tarde comenzó á florecer en los cantos populares de los trovadores.

El capítulo VI y último nos ofrece una muestra de la notación griega.

En la *stóixeia* cree Aristóxenes que la teoría de una notación no tiene propiamente nada de común con la música; y habremos de convenir en ello si da la misma importancia al conocimiento de los signos musicales con relación al arte, que la que tiene el alfabeto con respecto á una lengua. Pero así como la literatura cuando ha llegado á cierto grado de madurez se fija por medio de la escritura, el cultivo progresivo de la música exige á su vez la existencia de una notación.

La notación griega constituye naturalmente el complemento necesario de la teoría antigua, pues sin esta clave no nos hubiera sido posible disfrutar las excelencias y particularidades del arte que ha desaparecido. Afortunadamente, los escritores del Imperio romano, Alypio, Boecio, Aristides, Porfirio, Gaudencio y Bacchio, dedicaron un exquisito cuidado á la fijación y conservación de las notas; y acerca de la exactitud de sus noticias no cabe la menor duda en los tiempos presentes. Los trabajos de Fottage Bellerman y Westphal nos han dado á conocer tan completamente las notas y la relación de sus valores, su figura, su aplicación á

los correspondientes intervalos y los medios de traducirlos á nuestro idioma musical, que podríamos descifrar inmediatamente una notación escrita de una tragedia de Esquilo que acabara de descubrirse, mientras que el hacerlo con una pieza cifrada del siglo XII ofrecería mayores dificultades. Conforme á la manera en que se ha concebido la expresión de los fenómenos del sonido, se dividen los sistemas de notación que han existido hasta hoy en dos clases. Ó se colocan los sonidos aislados, bien sea por medio de caracteres alfabéticos, bien por medio de números, como sucede entre los chinos, los árabes, en la notación gregoriana y en el arte de los antiguos, ó se expresa imitativamente el movimiento ascendente y descendente de la voz, la agrupación de los intervalos y de los sonidos, como en la notación litúrgica de los judíos, abisinios, armenios, y en los primitivos cantos de Occidente. El primer sistema fonético es más exacto, y se acomoda mejor á los instrumentos; el segundo, de uso más fácil, es parlante, y por lo mismo más cómodo para la voz humana. Nuestra escritura moderna ha venido á ser sintética á consecuencia de la fusión de los dos sistemas mencionados: los griegos, lo mismo que nosotros, ordenaban los tonos dentro de un espacio (*diapason*). Sus cifras vocales eran diferentes de las instrumentales, y cada una de estas dos clases de signos contenía en una extensión de tres octavas y un tono 67 notas formadas de diversos caracteres alfabéticos (*semeia*) que Gevaert describe y explica con la mayor claridad. Letras inclinadas, vueltas de reves, pausas, esperas, ritmo, ligados, ictus, todo podemos comprenderlo y apropiarnoslo con la misma facilidad que si se emplease nuestra gramática musical.

Los tres himnos de la época de Adriano son vocales; los ejercicios del Anónimo están transcritos en cifra instrumental, mientras que la melodía de Píndaro reproduce ambos sistemas de escritura reunidos. En los tratados teóricos los ejemplos de las notas tienen á la derecha las cifras instrumentales y en la parte inferior, y las vocales en la parte opuesta, esto es, á la izquierda y por arriba.

La segunda parte de esta obra, que debe aparecer muy en breve, contendrá el análisis del ritmo y el de la métrica, tan íntimamente ligada con éste, por más que después del incomparable, erudito y completo trabajo de Rudolfo Westphal, sea difícil pensar qué pueda decirse de nuevo sobre la materia. Aguardaremos, sin embargo, para juzgarla. Westphal, por su parte, lamenta profundamente que sólo haya quedado un fragmento de uno de los cuatro libros de Aristóxenes que trataban del ritmo, principalmente porque, vista la superioridad de la intuición griega sobre todo lo que á este asunto se refiere, es de presumir la riqueza científica que

contendría la parte que no ha llegado hasta nosotros.

Termino aquí este artículo analítico. Ojalá que sirva para dar al lector una idea, aunque ligera, de la obra de Gevaert, á la que deseo el mayor éxito posible, y á su autor que vea realizado el modesto propósito que expresa en la introducción con las siguientes palabras: «Aun cuando no se saque de esta lectura otra cosa sino una idea más elevada del arte musical y de su importancia en la vida intelectual de una raza privilegiada entre todas, habrá conseguido este libro el objeto principal que me había propuesto.»

H. WICHMANN.

(Die Allgemeine Zeitung.)

POLÍTICA DEL TALLER.

EL SALARIATO.

I.

Uno de los mayores peligros del neo-socialismo consiste en la manera que tiene de conducirse al tocar la cuestión de los salarios. Afable con los economistas de la escuela liberal, diríase que hace alarde de concordar con ellos en principios; su condescendencia con los derechos individuales es extremada, mucha su mesura, encono ninguno. Háblenle de la propiedad privada, y no titubeará en considerarla como una de las bases de toda sociedad bien constituida; háblenle del capital, y no combatirá de frente su necesidad é importancia. El salario no lo contradice: admite su legitimidad y la ley natural que preside á sus oscilaciones; por tanto, no se inclina mucho en favor de las huelgas, reconociendo que, aun siendo pacíficas, trastornan la producción, y en último término suelen ser tan gravosas para el operario como para el capitalista. A quien le pregunte si con los progresos industriales ha subido el jornal, contesta afirmativamente; y que al compás de su tipo ha ido mejorando la condición general de los trabajadores, tampoco lo niega, y á veces con buenas razones lo sostiene.

¿Qué es, pues, lo que le separa de nosotros, y tan hondamente que las libertades económicas, lejos de poderle tomar por auxiliar, le consideran como enemigo? Un punto concreto que, insignificante en la apariencia, es muy trascendental en el fondo. Este punto se encierra en una frase: LA PERMANENCIA DEL SALARIO. Aquí se atrincheran los neo-socialistas, y de aquí parten todos sus razonamientos. Dejemos hablar á uno de ellos, y sea J. Duval, que es, en mi sentir, el que nos da la mejor y la más clara fórmula de la escuela:

«El proletariado es el estado de aquellas perso-

»nas que sin disfrutar renta ni poseer instrumentos
»de trabajo, ni otra riqueza que sus familias, viven
»de un salario. No es la miseria, pero la produce.
»Aquel salario, reducido á lo más estricto, es in-
»seguro, y con él difícilmente podrá penetrar el
»proletario en el ambicionado campo de la propie-
»dad. Esta conciencia de una pobreza casi incur-
»ble destruye el resorte moral en las clases prole-
»tarias. Luego el proletariado no es un estado nor-
»mal y necesario, sino un mal que debe curarse.

»No se puede negar la legitimidad del salario, y
»cuando hay en él alguna seguridad y tiene un tipo
»elevado, es acaso la forma más provechosa de re-
»tribución. Pero es necesario no confundir el salario
»en general que abraza hasta las profesiones libera-
»les, con la condición de aquellos que viven al día.
»de su trabajo cotidiano y con un salario ordinaria-
»mente módico. Por una consecuencia casi inevi-
»table, estos hombres no poseen capital, ni tienen
»quien les garantice una ocupación regular y asegu-
»rada contra un gran número de contingencias. En
»ellos el salariato se confunde con el proletariado.
»Y si este es un estado imperfecto del régimen so-
»cial, aquel lo será del régimen del trabajo. Ambos
»con el tiempo pasarán, cuando la organización in-
»dustrial entre en condiciones normales. Entonces
»la propiedad directa ó la asociación vendrán á re-
»emplazar aquellas formas. La parte que quedará
»del régimen de los salarios perderá los caracteres
»del proletariado y del salariato, gracias á un tipo
»más alto y á mayores garantías.»

Estas razones expuso M. Duval en una de las sesiones de la Sociedad de Economía política de París (1). Parecido lenguaje usan otros escritores, entre ellos Stuart Mill y los doctores alemanes; pero, como algunos avanzan un poco más y otros recomiendan á los operarios la violencia ó la astucia para conseguir sus fines, será más prudente que nos encerremos en las fórmulas del autor francés, cuyo sistema, sin confundirse *en la apariencia*, con las máximas radicales de los internacionalistas, tiene la ventaja de presentar cierto lógico encadenamiento.

II.

Dos hombres de ideas muy moderadas son los que han inventado la especie de que el jornalero moderno viene en derechura del esclavo antiguo: Chateaubriand y A. de Tocqueville. Los socialistas la acogieron con aplauso, trasformáronla en ley histórica, y la pusieron de mote en su escudo y de lema en su bandera. Esclavo, siervo de la gleba, colono, aprendiz de gremio, operario asalariado: esta fué para ellos la serie histórica.

Júzguese de esta pretendida serie por un sencillo

(1) Reunión de 5 Marzo de 1867.

análisis. ¿Qué hay en el esclavo? Union forzosa, permanente y personal con un amo. ¿Qué hay en el siervo ó colono de los tiempos medios, el *inquilinus* de la baja latinidad? Union forzosa, permanente y material con la tierra de un señor. ¿Qué hay en el aprendiz del gremio? Union forzosa, permanente y local, primero con un maestro y después con la entidad moral de la corporacion. Lo forzoso y lo permanente eran condiciones esenciales en las tres formas del trabajo antiguo: el amo, la tierra, la corporacion eran lo accidental. La serie no se interrumpía, porque toda serie se desenvuelve en la sustancia, y cualesquiera que fuesen las ventajas del siervo sobre el esclavo y las del aprendiz sobre el siervo, las tres entidades concurrían en el punto principal de no existir para ellas la libertad del individuo.

Esta es la primera y más sólida conquista del jornalero moderno. Su union con los dueños de taller ni es forzosa, ni permanente, ni personal, ni material, ni local. El salario no le adhiere sino que le asocia á la fábrica. Alquila sus fuerzas como quiere, por el tiempo que quiere, á quien quiere y donde quiere. Tiene abiertos los mercados, posee medios para conocer la situacion y condiciones de las empresas industriales: cabe eleccion, cabe debate. ¿Dónde está el eslabon de la cadena que le une al operario de otros tiempos?

Con este eslabon creen haber tropezado los socialistas. Segun ellos, las ventajas del operario moderno son nominales. No tiene libertad, porque carece de independenciam. No le fuerzan á servir á un amo determinado, pero la competencia cada dia más alarmante de la mano de obra le obliga á entregarse al primero que se presente. Nadie le exige que permanezca en tal localidad ó en tal industria, pero la mayor ó menor oferta de brazos le lleva necesariamente, no allí donde esté su provecho, sino donde pueda. Tiene un tirano peor que la ley, y es el hambre. Por ella se resigna á cobrar el minimum posible de salario, y como éste apenas le basta para vivir, si es que á tanto alcanza, su suerte es abyecta, el ahorro nulo, el acceso á la propiedad imposible. Poco importa que sea ó no esclavo de algun señor, ó siervo en una heredad, ó aprendiz forzado de un maestro: si no se quiere que descienda del esclavo, del siervo ó del aprendiz, descenderá del proletario romano, como él sin más bienes que una familia numerosa, como él sin arraigo, como él sin albedrío, y, lo que es peor, sin esperanzas.

Yo no niego la existencia del proletariado moderno, pero es absurdo compararle con el antiguo. Servio Tulio constituyó en Roma la clase proletaria con los ciudadanos que poseyesen menos de 11.000 ases: la clase fué creciendo, y sobrevinieron bajo la

República las grandes discordias con el patriciado. Triunfó la plebe, compuesta en su gran mayoría de proletarios; abriósele el camino de los honores y de la autoridad, más no por esto se fué regenerando. No podía regenerarse una sociedad que vivía de la conquista y envilecía el trabajo. Los frutos de la conquista eran para el rico, para el poderoso, para el fuerte. ¿Quién sabe los que hubiera obtenido el proletario si sus humos de ciudadano le hubiesen consentido reservar el trabajo para sí y no para el esclavo?

Esta sola diferencia abre un abismo inmenso entre el proletariado antiguo y el moderno. Ennoblecido el trabajo y decretada la libertad industrial, el proletario existe, pero no está encasillado. Distingamos dos cosas: la permanencia del proletariado en la sociedad, y la permanencia del proletariado en el individuo. En la sociedad siempre habrá miseria: es el lado contingente de la humanidad; por esto somos perfectibles y no perfectos. Lo único que cabe es reducir la extension del mal, y, una vez conseguido, disminuir su intensidad. A ello se consagra el progreso. De lo que *fué* el proletario en el período de instalacion de la industria moderna á lo que *va siendo* en el segundo período, la distancia es incalculable. Las instituciones de asistencia, las de prevision y la instruccion popular han sido hasta ahora fecundísimas. Todas han contribuido á mejorar la condicion de las clases proletarias *dentro del régimen del salario*; y por más que se las quiere calificar de paliativo, todavía estamos esperando que nos den más positivos resultados los que buscan fuera de aquel régimen la salvacion del operario.

En el individuo la cuestion varía de aspecto. Ni los hechos, ni el atento estudio de la sociedad moderna y de su industria consienten afirmar que el que nace proletario esté condenado á serlo toda su vida. Habrá pocos que hayan llegado por su propio esfuerzo á la cumbre de las rentas y de las dignidades; pero estos cortos ejemplares y los más numerosos de los que se han sabido conquistar una modesta fortuna bastan para demostrar que la organizacion industrial por medio de la libertad, no solamente no les cierra las puertas, sino que les da la posibilidad de elevarse á la esfera de la propiedad con las ventajas consiguientes. Esta probabilidad aumenta ó disminuye segun sea el medio social en que vive el proletario. Así nos explicamos la desproporcion inmensa entre el jornal de la China ó el de las Indias orientales, países clásicos de los salarios minimos, y el jornal de aquellas colonias cuyas metrópolis se distinguen por su riqueza y por su cultura: afortunadas regiones que han logrado reunir en una accion económica comun las fuerzas vírgenes de un mundo nuevo y los recursos de una civilizacion antigua y madura. La observacion es de

Roscher, cuyos principios distan más de los economistas liberales que de los neo-socialistas.

Ya no comparemos dos ó más países entre sí: comparemos dentro de un mismo país situaciones distintas. Sube el jornal, la posición del proletario se despeja y aumenta la probabilidad de *emanciparse* (ya que la frase ha hecho fortuna), según el grado de tranquilidad reinante, según sea el valor de las instituciones públicas, según las facilidades concedidas al ciudadano para pensar, discutir, asociarse, escoger ocupación y obtener los artículos de consumo sin estribos ni artificiales encarecimientos. Esto no lo dice un autor solo, lo dicen todos; lo dice el sentido común, pero añadiendo otra circunstancia. Bajo un sistema de privilegios, podrá prosperar el capitalista sin que prospere el jornalero; pero bajo un régimen de libertades económicas, *las mismas causas que impidan al jornalero prosperar impedirán prosperar al capitalista.*

DENTRO DE LA LIBERTAD, la posibilidad de *emanciparse* sigue la misma ley en uno que en otro. Si en medio de las mayores libertades el país es pobre y las circunstancias son difíciles, ¿es tan halagüeña la posición del capitalista que no valga la pena de examinarla? ¿tan segura que no infunda recelos? ¿tan sólida que resista á cualquier empuje? Entonces los jornales son reducidos, pero también lo es el beneficio de las empresas; entonces el porvenir del operario es triste, pero no es más lisonjero el del que maneja capitales; entonces el que vive de sus manos podrá estar condenado al hospital, pero el que emplea fondos podrá estarlo á la bancarota y á la deshonra. ¿Qué pensar de los que se ponen á comparar situaciones tan de ligero sin ajustar previamente los términos? Las épocas en que nació y tomó cuerpo el proletariado industrial fueron aquellas en que todo eran granjerías oficiales para el capitalista, y todo compensaciones odiosas y antieconómicas para las clases pobres. Inglaterra fué la cuna del pauperismo: allí se engendró, allí creció y de allí se dice que nos vino el contagio. Pues bien: en el gran período del pauperismo inglés existían las leyes de cereales, el arancel protector dominaba, el monopolio político de las clases altas parecía indiscutible, las leyes de pobres estaban en auge. Desde que desaparecieron estas cosas, ¿tiene en Inglaterra la cuestión del pauperismo la importancia que ántes tenía? Todavía hay crisis, huelgas y quejas profundísimas en el seno de la clase obrera; pero es notorio que la situación del operario inglés ha mejorado en general. James Stirling no evalúa en menos de un 25 á un 50 por 100 la elevación de los salarios ingleses en los últimos cuarenta años. También es notorio que en las relaciones entre el capital y el trabajo hay allí menos tirantez y más posibilidad de concordia, no por los esfuerzos de las

sociedades de resistencia, sino á pesar de ellas.

El salario, dicen, no es una forma *ideal* de retribución, sino una forma *histórica*. Harto sabemos que es muy arriesgado decretar formas definitivas. La conquista del ideal es una tarea perenne. Pero se me antoja que en el salario, si variamos la forma, la esencia queda. Desde Adán Smith, y mejor aún, desde Bastiat, la esencia del salario ha sido sometida á un análisis tan puntual, que toda la metafísica alemana no ha podido hincarle el diente. El salario es una retribución fija, anticipada é independiente del éxito de la empresa. Estas tres cualidades le dan una ventaja *permanente* sobre la renta y el beneficio, aunque lleguen estos á superarle en cantidad. Por donde se ve la razón de que haya y *deba haber* personas asalariadas, pues siempre existirán muchas que, por necesidad ó por conveniencia, estén dispuestas á alquilar á otro sus fuerzas y facultades; y habrá siempre quien prefiera cobrar un estipendio *determinado*, aunque sea corto, á cobrarlo *incierto*, por alto que se lo prometan; quien prefiera cobrarlo *desde luego* á cobrarlo *tarde*, ó cuando la transformación industrial llegue á su término; quien prefiera cobrarlo *en todo caso* á cobrarlo únicamente *en la eventualidad* de que la empresa no se malogre.

Habría tres medios de variar esta manera de ser: 1.º, decretar la posesión en común de todos los capitales ó instrumentos de trabajo; 2.º, decretar que cada cual posea un capital propio y lo emplee y utilice con entera independencia de los demás; 3.º, admitir la distinción entre el que posee capital y el que no le posee, pero al asociar las dos clases, decretar que el que lleva su trabajo al capital ajeno figure, no como jornalero, sino como socio industrial.

Del primero y del segundo medio no tengo por qué ocuparme. Del primero, porque es lisa y llanamente el comunismo que abiertamente rechazan los neo-socialistas. Del segundo, porque es propio de las sociedades primitivas, anterior al régimen del cambio y de la división del trabajo, y opuesto al principio de asociación que el neo-socialismo pretende sostener con más tesón y energía que nosotros.

Este principio de la asociación es el que descuella en la tercera solución del problema. Como para nosotros aquel principio, no sólo es respetado, sino que sale triunfante bajo el régimen del salario; como nosotros afirmamos y probamos que de la unión del jornalero con el capitalista resulta una sociedad verdadera, natural y conveniente, los neo-socialistas nos presentan dividida la cuestión en dos partes. En la primera hacen la crítica del salario como forma de asociación entre el capital y el trabajo: en la segunda oponen al salario, que califican de régimen imperfecto, otras formas de asociación en que la

idea de jornal se desvanezca y la de socio industrial se vaya dibujando. Empezaré, como es natural, haciéndome cargo de la crítica del salario.

III.

Sostienen los neo-socialistas:

Que, aunque hay muchas clases asalariadas, las únicas que con toda propiedad merecen de tales el nombre, son las que se ocupan en trabajos manuales, porque en ellas es constante vivir sin capital, al día, y de un salario ordinariamente módico.

Que estas tres circunstancias fijan distintamente un modo propio de existir en la sociedad moderna; y como á los que así viven les es difícil, si no imposible, salir de aquella situación, el jornal determina en los operarios manuales un estado especialísimo, *el estado de salariato*.

Que en el estado de salariato la asociación del operario con el fabricante es una palabra vacía de sentido; porque no hay asociación posible donde uno de los socios impone la ley á otro, y aquí quien la impone es el capitalista, sobre todo, desde que la vida industrial tiene una marcada tendencia á concentrarse en grandes empresas.

Que, entre otras infinitas pruebas, hay una evidéntísima de la dependencia é inferioridad en que el régimen del salariato coloca á las clases obreras; y es que, con los progresos industriales, ha mejorado de un modo extraordinario la condición del capitalista, y no ha seguido la misma proporción la suerte del jornalero.

Que no veríamos esta anomalía, si, fijándonos atentamente en la parte que el trabajo manual lleva á la producción, buscásemos una forma más equitativa de repartir el producto; y ni daríamos como ahora la casi totalidad de él al capital, ni como ahora separaríamos al jornalero de los instrumentos con que trabaja, ni trataríamos de contentarle con la parte mínima y por lo general insuficiente que el salario representa.

Examinemos estas afirmaciones punto por punto.

Es muy de lamentar que hasta los diccionarios contribuyan á extraviar la opinión en el asunto de los trabajadores. Ningun idioma de los más corrientes en Europa posee una voz que indique con propiedad la persona especialmente ocupada en trabajos manuales. Nosotros tenemos las palabras *bracero* y *jornalero*, pero *jornalero* se refiere á la forma de la retribución, y el dictado de *bracero*, aunque atiende más á la índole de la obra, suele aplicarse á la agricultura, y es tan imposible adjetivarlo, que seríamos objeto de escándalo entre los puristas, y de risa entre los profanos, si alguna vez se nos antojase decir *clases braceras*.

Decimos clases trabajadoras, clases obreras ú operarias, y dejemos lo de clases proletarias des-

pues de lo que arriba se deja expuesto. Clases trabajadoras: ¿es que no hay quien trabaje sino el que se vale de sus manos? Clases obreras: ¿es que á la obra de la producción contribuyen solamente los que se dedican á labores materiales? Ni una cosa, ni otra: como que los mismos neo-socialistas, después de admitir el bellísimo análisis de Dunoyer que hace productivas todas las industrias, conceden que en el seno de las profesiones liberales y de otras más elevadas existen sujetos que pueden calificarse de meros operarios y simples jornaleros. Eso sí, añaden á renglón seguido, que de estos jornaleros de elevada clase nunca puede decirse que vivan en estado de salariato, porque su posición es siempre muy superior á la de los operarios de fábrica ó taller. ¡Ilusos, que no ven lo que está palpando diariamente un observador de los más vulgares! ¡Cuántos operarios de la inteligencia viven sin capital, al día, y con un salario módico! Al empleado público, al literato, al maestro, al artista, ¿de qué les sirven en ciertos países el capital moral representado por sus luces y experiencia? Si fuéramos á apurar las cosas, nos encontraríamos á cada paso con miserias de levita más crueles que las de chaqueta. Un operario podrá ser despedido de la fábrica por un capricho del dueño: un empleado amovible está expuesto á salir de la oficina por un capricho del jefe. Y si tratan los dos de buscar nueva colocación, ¿encontrará el empleado oficinas más fácilmente que talleres el operario? De la cuantía del jornal no hablemos; porque hay muchos, muchísimos operarios que ganan más que algunos empleados: esto sin mencionar lo que se llama el decoro de clase y otras exigencias de posición que omito deliberadamente, porque quiero respetar las susceptibilidades *igualitarias* del neo-socialismo.

A este propósito, decía M. Bathie que preferiría ciertos puestos subalternos de una fábrica á ciertos destinos de campanillas en un ministerio; y cuenta que M. Bathie pertenece á un país donde el trasiego general de empleados es poco frecuente y donde se crean y hasta se improvisan profesiones muy lucrativas con cosas que entre nosotros apenas dan para vivir ó hay que tomarlas como un mero pasatiempo.

Váyanse sacando las consecuencias de estas premisas. Si hay un estado de salariato, ese estado no se encuentra en una clase determinada de la sociedad, sino más ó menos en todas las clases industriales; ese estado no depende del jornal en sí, sino de su precio *relacionado con la posición social del operario*. Digámoslo de otra manera: *no hay un estado de capitalismo opuesto á un estado de salariato*; lo que hay son series de retribuciones que, dentro de cada industria ó de cada profesión, suben ó bajan según las condiciones del mercado. En un mis-

mo sitio hay industrias que dan al trabajo un salario muy alto, y otras industrias que dan al capital un interes corto: en una misma industria hay comarcas en que prospera el jornalero, y otras en que el empresario se arruina; y en fin, tales vuelcos dan las cosas que, vistas en conjunto, sin distincion de industrias ni de países, en la suma del trabajo humano y bajo un régimen de libertad, ni todas las prosperidades corresponden al capital, ni todas las adversidades al jornalero, ni hay clases enteras predestinadas á la riqueza, ni clases enteras predestinadas á la miseria. Yerran por consiguiente aquellos que, extrayendo de la masa social á los operarios *manuales*, forman con ellos una clase condenada por la competencia á una vida de largo y mortal padecer, y en cierto modo privada de derechos por la tiranía del capital. Cuando el capital vive á la sombra de monopolios legales, lo que se llama *cuarto estado* es una realidad, y en este sentido acepto la palabra. Cuando la libertad es igual para todos, el cuarto estado es una vulgaridad nacida en el seno de la democracia francesa y probijada por algunas cabezas alemanas ó alemanizadas. Con libertades políticas y económicas EL CUARTO ESTADO NO EXISTE.

Tampoco aparece por ningun lado ese depresivo signo de inferioridad que pesa sobre el jornalero, segun opinan los neo-socialistas. De dos cosas lo hacen depender: de que es mayor la oferta de trabajo que la de capitales: de que el capitalista puede esperar y el jornalero no. Lo primero no es un hecho constante: lo segundo es inexacto. Probadme que *en todos casos* abunda más el trabajo que el capital, y admitiré que el operario esté esencial y constantemente subordinado al capitalista. La mayor ó menor oferta de brazos resulta de mil circunstancias: la localidad, la ocasión, la índole de una industria. Ciertas labores de jornal se confián á operarios especiales, que no siempre abundan: otras, por lo fáciles y sencillas, pueden confiarse á todo el mundo; y haced lo que queráis, clase en que éntre todo el mundo, será abundante siempre. Y esta misma masa, con ser tan numerosa, todavía encuentra en una sociedad libre medios y ocasion de poner condiciones y de evitar que se le haga la ley á todo trance. Demos en buen hora que no consiga evitarlo: ¿es el capitalista quien la impone? No, sino la naturaleza de las cosas, contra la cual luchareis en vano. Rebelaos contra la ley natural que subordina lo pequeño á lo grande, lo débil á lo fuerte, lo menos útil á lo más provechoso. Sumareis lo pequeño, asociareis á los jornaleros, hareis que unidos tengan toda la fuerza del capital. Os prevengo que, aun así, podeis llevaros un solemne chasco. Si dejais subsistir fuera de la asociacion otro capital más serio, éste será el predominante: si el vuestro importa más, predominará el vuestro. Siempre ten-

dreis quien dé la ley y quien la reciba, segun el momento en que hayan de operar vuestros agentes industriales.

¡Ah! el capitalista puede esperar. ¿Quién os lo ha dicho? ¿Ó han de correr las mayores vulgaridades sin contradiccion, enmienda ni reparo? El jornalero vive al dia; el capitalista al mes ó al año. Dijolo un amigo del pueblo, y punto redondo. Pues han de saber que muchos capitalistas, no ya viven al dia, sino al minuto. Tales son, entre otros, los innumerables que tienen su caudal cimentado en el crédito y con él alimentan todas sus operaciones. La letra ó el pagaré apremian: flaquea la firma de la casa: las renovaciones son imposibles, ó difíciles, ó es insegura la combinacion para satisfacer los vencimientos aplazados. Para un capital vasto, cada hora de pérdida en el interes y en la amortizacion representa sumas considerables: el perjuicio es grande; ya lo saben los huelguistas. A esto se contesta que el capitalista puede siquiera vivir, y el operario sin jornal perecerá de hambre mañana. Ó no perecerá, pues por la misma llaneza de su trabajo, más fácilmente encuentra nuevo taller el operario que nuevo capital el fabricante arruinado. Con lo cual véase á qué vienen á reducirse las pretendidas inferioridades y supuestas dependencias: que á todos alcanza más ó ménos la lucha *darwiniana* por la vida: ni todo son rosas para aquel que, manejando grandes caudales, parece marchar sosegadamente por la senda de la prosperidad, ni todo espinas para el sencillo proletario atenido á una módica suma diaria, aunque parezca vivir á la ventura, fiado en la Providencia, al capricho del poderoso y entregado á los azares de una misera suerte.

Seámos formales, y no se tome de aquí pretexto para ponernos en caricatura, como si yo pretendiese que la posicion de jornalero es casi preferible á la de capitalista. Ni tanto ni tan poco. No soy optimista, ni digo con un poeta inglés:

Yet the whole mass a paradise.

Yo mismo he reconocido en la primera parte de este escrito las grandes ventajas de posicion social con que entra el capitalista en las luchas industriales; y ahora, al presentar su lado flaco, no es otro mi ánimo que invocar la realidad, protestando contra la manía fatalista de hacer pasar al operario por *única* victima y al resto de los vivientes por verdugos.

IV.

Muy amigos serán de la libertad los que propalan idea tan absurda, pero en verdad que lo disimulan bastante. A la menor tentativa de progreso industrial, ya están tocando á rebato y repiqueteando á coro con las escuelas y partidos tradicionalistas.

No me lo nieguen, porque les recordaré que ellos ó sus corifeos, tambien en nombre de la libertad y de los intereses de la masa popular, han combatido sucesivamente las máquinas, los ferro-carriles, el crédito y el libre cambio. Hoy la emprenden con la grande industria. De algunos años acá parece como que se va acentuando en ella un movimiento de concentracion. Los primeros progresos de la maquinaria exigieron sin tardanza mercados extensos: no bastó el antiguo obrador, y creóse la fábrica con capitales de consideracion, con un gran material y crecidas dotaciones de operarios. Los mercados se extendieron, iba en aumento la potencia mecánica y ya tampoco fueron suficientes la modesta fábrica, propiedad de un solo interesado, ni la comanditaria, ni la establecida por un par de socios. Nació la fábrica por acciones, la factoría, con capitales enormes, con presupuestos parecidos á los de un Estado, con un material asombroso, con variedad de edificios, almacenes, oficinas, dependencias, y no con docenas, sino con poblaciones enteras de operarios. Distritos tiene Inglaterra en que la autoridad, para dar á un establecimiento el carácter legal de *factory*, no se contenta con menos de 500 jornaleros. Son conocidas en el continente las grandiosas proporciones del Creuzot: Seraing, ya en 1846 tenia fábricas con 5.000 trabajadores: hasta 8.000 han llegado á contar algunas pañerías de Bohemia, y exceden mucho de esta cifra los que emplea el famoso Krupp en sus 400 hornos y al servicio de sus 160 máquinas de vapor.

Tales muestras de grandeza, asombro de los nacidos y legitimo orgullo de la época, son para el neo-socialismo motivo de grandes lamentaciones y acerbísimas protestas. En aquellas empresas colosales no ve más que una absorcion sistemática y la plena anulacion del proletario. Pasa con una sonrisa de desden por entre aquellas enfiladas de fardos, que representan cuando menos dos cosas muy populares, la abundancia y la baratura, y solamente se le ocurre que el jornalero es una gota en aquel océano, un átomo en aquel espacio, una cifra en aquel inmenso cálculo. Quéjase de que las grandes fábricas; despues de alejar perpetuamente del capital al proletario, le alejan tambien del dueño; porque al fin, en el antiguo obrador y en la fábrica pequeña, operario y patron se conocían personalmente y había entre ellos una especie de lazo de familia, con el cual se compensaba en parte la sequedad y aspereza del trato mercantil. Y así como el tradicionalista suspira por el castillo feudal, por el Pontifice del siglo XIII y por la potente lanza de un rey de batalla, en cuyos recuerdos están simbolizados sus ideales católico y político; así tambien el neo-socialista suspiraría de buena gana por el gremio, á cuya sombra se formaba el artesano,

verdadero núcleo de la clase media. Habría venido en mal hora la grande industria á deshacer ese núcleo, reproduciendo por una rara coincidencia las querellas de las antiguas democracias italianas entre las dos clases de menestrales: *il popol grasso* con los mandones y la gente regalona, *il popolo minuto* con la pobretalla y los desheredados.

Que se haga notar la tendencia de las fuerzas industriales á agruparse y á aplicar grandes masas de capital á determinados ramos de la produccion, eso muy enhorabuena; pero que de aquí se pretenda deducir una ley en virtud de la cual los capitales grandes absorberían á los pequeños, eso ni es admisible, ni concuerda en manera alguna con los datos de la experiencia. La ley es otra: *es que los capitales pequeños se multiplican con mayor rapidez y en mayor proporcion que los grandes*. Por fuerza la concentracion tiene que limitarse á contadas industrias, porque así lo exige en ellas la extension *natural* de su consumo, ó la magnitud propia de la empresa, y por esto se reduce comunmente á los ferro-carriles, empresas de navegacion, á algunas de construccion, á los textiles y á la metalurgia. Paris, con industrias pequeñas, se lleva la quinta parte de la produccion francesa; y, tomada esta produccion en conjunto, la importante industria de artículos alimenticios se halla repartida en Francia entre 52.000 establecimientos, y la de materias textiles concentrada en 12.000.

Aparte este fenómeno que considero muy corriente, veo en las mismas industrias concentradas otro que creo muy del caso apuntar para lo que aquí se está discutiendo. Observo que por regla general el salario tiende á subir más en la produccion aglomerada que en la repartida. Ya he citado con otro motivo un dato de Stirling. Tomemos otro de Francia. Allí el salario de las industrias menores ha tenido en pocos años un aumento de 45 por 100: en las mayores, Dupuynode lo hace llegar hasta 60. Y sin moverme de España, oigo decir á personas muy formales que, en algunas de nuestras poblaciones fabriles, las ventajas del jornal en las grandes fábricas son de tal naturaleza, que la gente pobre acude á ellas en tropel, resintiéndose no poco otros servicios locales y principalmente el doméstico.

Que á medida que suben los salarios pueden subir los precios y ser mayores las necesidades del operario. Cierto; pero este reparo se aplica á todas las clases. Si hay salario real y salario nominal, tambien hay rentas, intereses y beneficios nominales. Cada cual en su clase y á su manera se resiente de una subida de alquiler, de un recargo en la manutencion, en el artículo de vestir, en todos sus consumos comunes ó extraordinarios. Cada cual procurará compensar este gravámen, segun se lo permita la situacion del mercado: el propietario y el capita-

lista exigirán, *si pueden*, más renta ó más interes: el jornalero pedirá, *si puede*, más salario. Colocándonos en la hipótesis de un sistema social *sin privilegios*, es inexacto que el propietario y el capitalista puedan hacerlo siempre, y que jamás pueda hacerlo el operario. A veces en las peores circunstancias, cuando una industria está en marcha y sus artículos son vivamente solicitados, el fabricante señala como uno de los mayores recargos el aumento del salario que tiene que pagar y que realmente paga á sus dependientes. Quienes no pueden compensarse en manera alguna son el rentista y el empleado público, clases numerosísimas y por lo menos tan atendibles como el jornalero. Atendidas á una retribucion fija, tienen que soportar toda la subida de precios; y prescindo todavía del descuento y de otras contingencias á que están sujetas cuando arrecia el temporal y sobrevienen grandes calamidades sociales.

Porque Aristóteles dijo que si las herramientas se moviesen por sí no habría necesidad de operarios ni de esclavos, se pretende que, despues de haber hecho las máquinas este milagro, la condicion del trabajador es tan subalterna como cuando era siervo vil de la materia. Todos los provechos del progreso industrial serían para el patron, ninguno para el jornalero. En primer lugar, es tan ridículo citar á Aristóteles en la cuestion de salarios, como lo era traerle á cuento para el interés del dinero. Aristóteles parte de una suposicion imposible; y no es verdad que su milagro lo haya realizado la maquinaria, porque toda máquina, léjos de *suprimir* el trabajo manual, lo que hace es crear una porcion de industrias *laterales*, base de múltiples ocupaciones y fondo de nuevos salarios. No necesita la maquinaria extinguir la mano de obra, cuando nos ofrece, entre otros bienes inestimables, la doble ventaja de hacerla ménos penosa y de reducir el campo de la labor material, abriéndolo más extenso para la direccion moral y la inteligencia. Secundad, dice atinadamente Laboulaye, esa tendencia á estrechar el limite del esfuerzo material dando al del espíritu mayores vuelos: educad las almas para hacer más flexible al operario, poniéndole en disposicion de que pueda cambiar de tarea cuando se aglomeran demasiados brazos en determinados puntos; y por sí misma irá viniendo esa emancipacion tan deseada, si con este nombre hemos de representar holgura, comodidades, y no la rebelion ó agitaciones sin término.

Al fin y al cabo, ¿hace más la sociedad moderna que responder á esta tendencia? ¿Quién no la siente palpitar en toda la cuestion obrera? ¿Quién se atreverá á afirmar que las clases proletarias de hoy son tan desdichadas como las de ayer? ¿Por cuál de los caminos ha conseguido la masa popular mejores

frutos del progreso industrial? ¿Por la multiplicacion de los capitales, ó por los ensayos de liquidacion social? ¿por los inventos, la introduccion de máquinas nuevas y el perfeccionamiento de las antiguas, ó por las ligas contra la competencia y contra el *despotismo* de los capitalistas? ¿por la instruccion técnica y popular, ó por la predicanda socialista? ¿por las teorías pesimistas que convierten á la mitad del género humano en uñas y dientes contra la otra, ó por la doctrina de la responsabilidad individual y de la prevision que fortalecen el carácter moral del operario?

V.

Ciertamente que no le fortalecereis haciéndole creer que el trabajo manual es superior á los demas trabajos, y que tiene derecho á reclamar, si no la totalidad, al ménos la mayor parte del producto. Esto lo indican con un tanto de suavidad y á media voz algunos neo-socialistas: Stuart Mill lo dice en crudo. A su modo de ver, «el producto del trabajo se distribuye actualmente en razon inversa de su resultado: la mayor parte del producto va á parar á los que nunca trabajan, y la parte inmediatamente inferior es absorbida por los que hacen un trabajo puramente nominal; y así, de grado en grado, la participacion en la utilidad va siendo menor segun que la labor se hace más áspera y desagradable; de manera que el trabajo manual más peligroso y que más rápidamente gasta la existencia, encuentra una remuneracion apenas suficiente para sacar al jornalero de la extremidad en que vive.»

Prince-Smith, que forma con Julio Faucher y algun otro el reducidísimo núcleo de economistas liberales en la docta Alemania, traduce la fórmula de Stuart Mill en el siguiente lenguaje real y práctico: «El producto de una explotacion industrial se reparte entre las personas á quienes da ocupacion, en razon inversa del esfuerzo *muscular*: la parte más considerable corresponde á aquellos que, *sin esfuerzo muscular*, ofrecen sus ahorros para comprar máquinas y primeras materias; la parte inmediatamente inferior es absorbida por aquellos que, *con un esfuerzo muscular puramente nominal*, pero mediante un trabajo intelectual sostenido, dirigen y gobiernan la empresa en su conjunto y pormenores; y así, de grado en grado, la participacion en la utilidad va siendo menor á medida que el esfuerzo es ménos sostenido por las inteligencias y fuerzas morales y se reduce á un trabajo *puramente muscular*.

Esta sencilla amplificacion vale por una elocuentísima respuesta. Las pretensiones del cuarto estado se condensan en el pensamiento de Stuart Mill: el trabajo muscular lo es todo; lo demas nada. Dad un ligero salto y estais en la idea prudhoniana:

la constitucion de los valores por las condiciones externas de tiempo y fatiga material. Mentira parece que, tan entrado el siglo, todavía tenga uno que repetir las nociones más elementales de la ciencia del trabajo. Para el sér privado de razon, el esfuerzo muscular lo es todo: no lo es, ni lo será jamás para los séres racionales. Las formas del trabajo ganan en importancia y consideracion á medida que se separan del órden físico, porque así se van acercando á la índole peculiar del hombre, que es ante todas cosas una entidad moral. Quizá sería de desear un ideal en que el hombre no tuviese roce directo con los trabajos materiales; pero las cosas no pasan así, y nadie tiene la culpa de ello. Con máquinas, sin máquinas, y tal vez por efecto de las mismas máquinas, hay en el mundo una enorme cantidad de trabajo muscular que el hombre ha de ejecutar por sí. El trabajo muscular y el intelectual llevan á una empresa sus respectivas potencias; ambos se solicitan entre sí, ambos se necesitan; pero, vedlo como querais, el resultado final de la produccion dependerá no tanto del mayor ó menor número de brazos, *cuanto de la extension del capital y de la habilidad y energia de la direccion*. Por una fuerza y un instinto naturales, la retribucion de los trabajos sigue la misma ley: *la importancia de la retribucion está en razon directa de la importancia de cada agente en su manera de concurrir á la produccion*.

Tiene además en esto su necesaria intervencion el principio de la oferta y el pedido. ¿Quiénes son en mayor número? ¿los forzudos, los que, sin aprendizaje alguno, pueden ejecutar una labor grosera, ó los inteligentes á quienes se reserva lo fino, lo espiritual y delicado? ¿los que poseen el arte de calentar una caldera, ó los que son capaces de dirigir una máquina de vapor? ¿los que saben manejar una herramienta, ó los que encuentran ó dan el dinero para comprar todo el material de una fábrica? Como no cambie de raiz la humana naturaleza, tendrá que resignarse á este destino: que los hombres de detalle material abunden más y su obra valga ménos.

Resignarse, ¿por qué decir resignarse? ¿Si esto está de acuerdo con todas las reglas de sano progreso y cultura social! No cesamos de predicar el ahorro, la prevision, la educacion en todos sentidos: y, una vez obtenidas estas ventajas morales, ¿quisiéramos que no fueran á reflejarse en el órden económico? Pretendemos dar lustre á las inteligencias, anchura á los conocimientos, firmeza á las voluntades, soltura á las manos, ¿y luégo suprimiríamos el lado positivo de estos beneficios y quitaríamos á tanta honra los provechos?

Me anticipo á reconocer que en este punto el mundo está lleno de desencantos, pues ni siempre las cosas siguen aquella corriente, ni siempre va el

galardon tras del merecimiento. De una buena parte de ello tiene la culpa, no lo dudeis, nuestra condicionalidad, ó sea la humana flaqueza: de otra parte la tienen los vicios, los errores, las preocupaciones, en una palabra, LOS OBSTÁCULOS que perturban, no el órden social en su pureza, sino los estados y situaciones que este órden va atravesando en la Historia. Guardaos bien de incluir el jornal entre estos obstáculos. Analizad mejor la marcha de la produccion, y vereis cómo el salario, en vez de perturbar, allana y facilita las reparticiones.

Créanse los productos, verificase la acumulacion *de todas las clases* de trabajo que concurren en una obra: el capital nace. Contribuyen á ello la mano, la máquina, el numerario, la direccion, la ciencia tecnológica. ¿En qué proporcion? Dos medios se pueden proponer para averiguarlo. Consiste el primero en comparar un género de produccion realizado segun todos los procedimientos modernos, con la misma produccion en condiciones antiguas, sin máquinas, con poco dinero, casi sin direccion y sin auxilios científicos. El segundo consiste en buscar una medida ó unidad comun para relacionar, dentro de una misma produccion, el *efecto* del capital y de la inteligencia con el *efecto* de la mano de obra.

El primer sistema se reduce á comparar salario con salario, salario antiguo con salario moderno. Sigán los neo-socialistas mi consejo: buyan de esta comparacion, que es arriesgada y contraproducente, porque vendria á demostrar que en aquellos tiempos en que el producto encerraba más cantidad de mano, la retribucion del jornalero solía ser menor y el trabajo por supuesto más largo y fatigoso.

El segundo sistema, que es el que el neo-socialismo trata de emplear, es simplemente imposible. Si con su auxilio se pretende llegar á la solucion del problema social, ya podemos esperarla hasta el fin de los siglos. Repito que es imposible, porque no se puede establecer comparacion sino entre cantidades susceptibles de referirse á una misma unidad, y esto no sucede entre el capital y el trabajo. Concibo que se establezca una *relacion numérica* entre las cantidades que perciben respectivamente el capital, la inteligencia y la mano de obra; pero no concibo que pueda relacionarse sobre un mismo patron *la intensidad* de cada uno de los tres agentes.

Inventar tipos previos de reparticion: ¿por dónde, ni cómo? El tipo es una simple resultante, y nadie nos la dará fuera de la tan combatida como eterna ley de la oferta y el pedido. No se expresan con propiedad los que hablan de repartir el producto. No es el producto lo que se reparte, sino el resultado *final* de una combinacion de trabajos. El producto elaborado nada es por sí: *será* cuando le vendais, cuando se conozca la suma que por él habreis de percibir. Envidio vuestra perspicacia si sois ca-

paces de fijar esta suma de antemano. Calculareis, presupondreis, pero en definitiva el precio será... lo que diga el mercado. Entretanto abonais en forma de jornales una parte de este precio futuro; y como lo adelantais os cobrais un interes por la anticipacion, y como lo asegurais os cobrais una prima del seguro. Y este interes y esta prima son justísimos, porque, desde que se ponen las manos en la obra hasta que el producto se vende, hay una eventualidad, fuerte ó floja, corta ó larga, con la cual volveis siempre á parar á las ventajas de una retribucion fija, anticipada y establecida sin remision por la necesidad de brazos combinada con su mayor ó menor afluencia.

Es esto tan exacto y tan conforme con la realidad de la vida, que cuantas combinaciones se han imaginado para aliviar al jornalero, ó son *suplementos de salario*, ó *mejoras de salario*, ó nuevas é ingeniosas *formas del salario*; NUNCA SON SUSTITUCIONES DEL SALARIO. Lo demostraré sencillamente echando una ojeada á los planes del neo-socialismo para la supresion del salariato.

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ.

MARIANA.

VII.

Validat era una alquería bien montada y sostenida para aquel país y aquella época, lo cual no impedía que el humo circulase libremente por el interior de la casa, y los animales del corral recorriesen con igual libertad todo el piso bajo. Era la época del año en que los bueyes no trabajan ya y en que todavía no van á pastar. Para darles alguna libertad, dejaban andar esos buenos animales por el patio, pero teniendo cerrada la especie de barrera que formaba una empalizada de cañas. Por toda cerradura, esta barrera tenía un mimbres atado: esta era la llave de seguridad bajo la cual dormían á pierna suelta los habitantes de la alquería.

Al observar Pedro que se había equivocado de camino y calcular que nada tenía que decir á Mariana que valiese la pena de incomodarla, no desató el mimbres que servía de cadena á la puerta, y volvió hácia atrás por el mismo camino que había llevado, riéndose por su distraccion.

El departamento de Mariana, que tenía su salida al patio de las faenas, estaba en sentido inverso y miraba al jardín, situado al Mediodía. Ordinariamente, en estas alquerías la habitacion del dueño se compone de una simple pieza en el piso bajo, mi-

rando hácia el *dominio* y en posicion de inspeccionar todos los trabajos. Mariana había cambiado esta disposicion, haciendo tapiar casi todas sus ventanas al exterior y dejando sólo una puerta para comunicarse con los dependientes y trabajadores. En la fachada opuesta del edificio había abierto una ventana nueva y una puerta-vidriera. La parte baja de la casa no presentaba por este lado más que un muro sombrío, tapizado por un jazmin amarillo, una clemátida olórosa y grandes espirales de madreselvas. La jóven había hecho enlazar el suelo en una extension de cuatro metros de anchura, y un tejadillo bastante ancho protegía de la humedad aquella especie de verandah, cercado de flores y arbustos, y en cuyo centro empezaba una alameda que se dirigía hasta el fondo del jardín, jardín bastante pequeño, pero delicioso por su distribucion y su limpieza, en el cual no faltaban cuadros especiales para las legumbres, para las cebollas, para las plantas olorosas y hasta para las palmas del Domingo de Ramos. La gran cinta de viña tradicional rodeaba y cerraba el jardín como un escudo protector.

En este jardín solitario leía ó trabajaba Mariana Chevreuse: cuando no estaba ocupada en algunas de las faenas de la alquería. Justamente estaba paseándose bajo el emparrado de la viña cuando Pedro Andrés pasó por el camino en direccion á su casa. Sus ojos se encontraron con recíproca sorpresa, y cambiaron un saludo familiar, pero algo violento. Pedro, que se daba cuenta vagamente de su propio malestar, no se explicó, sin embargo, el de Mariana, y supuso que había algo de contagioso en la especie de molestia que experimentaba al saludar á la jóven.

VIII.

Mariana preguntó á Andrés por su madre.

—Está bien, gracias,—le contestó Andrés;—pero se aburre por no verte. ¿Sabes que te vas haciendo muy rara y que vendes muy cara tu presencia? Hace ocho interminables dias que no se oye hablar de la vecinita en nuestra casa.

—Es verdad, padrino; pero decidme, desde hace ocho dias, ¿no habeis estado ausente alguna vez?

—No; he estado ocupado en terminar los trabajos de mi jardín. Ahora ya espero poder hacer compañía á mi viejecita. ¿Pero tú nos vas á privar de la tuya?

—No será grande para vos la privacion, padrino; pero si vuestra madre lo desea, iré en cuanto me lo indique.

—No venimos á verte, hija mia, es verdad; pero ya sabes que mi madre apenas puede dar dos pasos fuera de su jardín. No puede venir á tu casa, y si tú la abandonas, lo sentirá mucho.

* Véase el número anterior, pág. 425.

—Pero yo no pienso abandonarla, sino que calculo que ella prefiere naturalmente vuestra compañía á la mía, y yo podría molestaros estando siempre á vuestro lado.

—¡Molestarnos! ¡Oh, qué palabra has buscado! ¿No eres tú de la familia?

Y como Mariana no contestó en seguida, Andrés tomó de repente un gran partido sin premeditación ni cálculo, como si quisiera desembarazarse de una secreta angustia.

—Sí, Mariana,—dijo,—te vas volviendo muy singular, y veo en tí cosas que no comprendo. Dime, ¿puedo hablarte unas palabras? ¿Tienes tiempo de escucharme y de responderme?

—Sí, padrino, os escucho.

—Pero hablarte en alta voz por encima de una tapia no es cómodo seguramente. ¿Puedo entrar en tu casa?

—Id hacia la puerta, que en seguida salgo.

Mariana llegó la primera, quitó el mimbre que sujetaba la barrera de la empalizada, y saltó con ligereza sobre el camino donde se encontraba Andrés.

—Parece,—le dijo éste,—que no me das permiso para entrar en tu casa. Yo creía que me harías los honores de tu jardín.

—Mi jardín es feo, y, sin embargo, le amo. Vos, que teneis mucho gusto, os burlarías de él, y eso me disgustaría.

—¿Cuando te digo que te vas volviendo muy singular!...

—No sé por qué... Vos mismo nunca lo habeis observado, y esta es la vez primera que me decís algo parecido.

—En primer lugar, ¿por qué has dejado de tutearme desde que he regresado última y definitivamente á Dolmor? ¿Es por el respeto que te inspira mi exagerada edad?

—No, no; no sois todavía viejo, y yo no soy ya tan jóven.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no contestas nunca directamente á una pregunta directa?

Mariana pareció sorprendida, y quedó mirando á Pedro con atencion.

—¿Estais de mal humor?—le preguntó al cabo de un rato.

Andrés quedó á su vez sorprendido de la mirada llena de altivez y penetracion de la jóven. Era la primera vez que ella le miraba así.

—Estoy de mal humor, es verdad,—contestó.—Tengo que comunicarte una noticia que no sé cómo darte, y tú no me ayudas.

—¿Que no sabeis cómo dármela!—exclamó Mariana mirándole aún con cierta inquietud.—¿Qué es lo que puede haber que decir entre nosotros que os cause ese embarazo?

—Vas á comprenderme. Andemos un poco, hace fresco todavía para detenerse á la sombra. ¿Quieres darme el brazo?

Mariana pasó su brazo por el de Andrés y esperó.

—Pues bien,—dijo Pedro emprendiendo el paseo;—hé aquí de lo que se trata. Una persona que quiere conocerte se ha dirigido á mí. Yo no creo deber presentártelo sin tu autorizacion, porque no quiero ponerte en relaciones con esa persona por sorpresa.

—Gracias, padrino. Una sorpresa me disgustaría mucho, en efecto. ¿Se trata quizá de algun proyecto de matrimonio?

—Precisamente.

—¿Sabeis que yo he rehusado varios?

—Mi madre me lo ha dicho. Ella cree que tú no quieres casarte; ¿es verdad?

—No; vuestra madre se equivoca; lo que no quiero son los pretendientes que hasta ahora he tenido.

—¿No te gustaban?

—No me gustaban lo bastante.

—¿Tú quieres tener amor al que haya de ser tu marido?

—Naturalmente. Vos me proponeis...

—Yo no te propongo nada; desempeño una comision, y nada más.

—¿Sin desear que me agrade?

—Tú puedes, si quieres, enviarme á paseo, pero no puedes contestarme, porque no conoces á la persona de que se trata.

—Por eso yo no rehusó verla, á ménos que vos me digais de antemano que es persona que no me conviene.

—¿Me creerías por mi palabra?

—¡Oh! vos no me engañareis nunca.

—Ciertamente que no... Escucha: el jóven tiene un defecto; es demasiado jóven.

—¿Más jóven que yo?

—Sí.

—¿Y qué más?

—¿Cómo! ¿pasas por la principal objecion?

—Yo no he dicho que no la tenga en cuenta. Deseo saber lo demas.

—Es ménos rico que tú por ahora, pero más tarde lo será más probablemente.

—¿Qué más?

—Nada más que yo sepa. No le conozco más que de vista.

—¿Qué figura tiene?

—Buena figura; alto, bien formado; un buen muchacho, en una palabra.

—¿Y el carácter?

—El carácter... alegre, satisfecho y pagado de sí mismo, ya que es preciso decirlo todo.

—¿No me decís nada de su familia?

—Muy honrada. Sobre esto podrás tú misma to-

mar informes; es del país, y sólo hace diez años que lo ha abandonado.

—¡Ah! ¿me estais hablando de un hijo de Gaucher?

—No esperaba nombrártelo hasta que tuviera tu permiso para la presentacion; pero puesto que adivinas tan bien...

—Yo no me acuerdo bien,—dijo Mariana;—¿son dos ó tres los hijos de Gaucher?

—Son dos. El más jóven es el que aspira á tu mano.

—Aspira... sí, lo recuerdo confusamente. Era un niño; no debe acordarse de mí. ¿Tiene necesidad de mi pequeña fortuna?

—No es él el que aspira precisamente, sino su padre... pero, en fin, aquí tengo la carta; tómalala; supuesto que lo sabes todo, puedes leerla.

Mariana se detuvo para leer la carta de Gaucher, y lo hizo con su tranquilidad habitual. Andrés observaba su fisonomía, en la cual se pintó una leve sonrisa al llegar al pasaje de la carta en que el comerciante trataba la cuestion del matrimonio con ingenua crudeza; pero la jóven no se sorprendió ni se enfadó, y devolvió la carta á Pedro, diciéndole:

—Pues bien; que venga, padrino, y le veremos.

IX.

Pedro experimentó un extraño sentimiento de despecho; y volviendo á su tono acostumbrado de broma:

—Veo,—dijo á la jóven,—que mi madre se equivocaba mucho; veo que no tienes deseos de quedarte para vestir imágenes.

—Es preciso que me case ahora ó nunca,—contestó Mariana;—más tarde no me decidiré.

—¿Por qué?

—Porque la libertad es una cosa preciosa y muy dulce; cuando se está acostumbrada á ella debe sentirse mucho su falta.

—Soy de tu opinion. Cásate, puesto que todavía tienes deseo de ello. Entónces esperaré á Felipe Gaucher con la seguridad de no disgustarte. Llegará el domingo por la mañana; ¿por qué no vas á comer con nosotros ese dia?

—No, padrino, no encuentro conveniente ir yo á buscar á la persona que me busca. Vosotros, sí, podeis venir á mi casa, trayendo á vuestra madre.

—Ya sabes que ella no puede salir, especialmente para volver de noche.

—Yo he comprado un carricoche en el cual enganchemos al pollino grande de mi colono. Hace mucho tiempo que vuestra madre me prometió venir á comer á mi casa cuando yo tuviera coche.

—¿Entónces nos abrirás tu santuario, en el cual me has prohibido hoy la entrada?

—Puesto que vendrá vuestra madre...

—Es decir, que yo soy para tí un extraño... ¡Oh, es singular!

—No es singular. Cuando vivían mis padres vos veníais á mi casa naturalmente; pero han pasado cinco años sin que hayais estado en el país; yo he quedado huérfana, y tengo que vivir como vive una jóven soltera que quiere conservar intacta su reputacion. Ya sabeis la curiosidad y la maledicencia de los campesinos. Aun viviendo en el fondo de una campiña bastante desierta, no recibiría dos veces la visita de un hombre cualquiera sin que mi nombre anduviese de boca en boca.

—Pero un viejo como yo; un padrino, un segundo padre...

—Se hablaría lo mismo, conozeo el país...

—¡Vamos! Veo que debo desear que te cases, porque entónces tendré el placer de verte más frecuentemente.

—No creo que sea ningun placer para vos, padrino mio.

—Si no me hubieras privado tanto de él...

—Vos sois el que se ha privado voluntariamente más de una vez de eso que llamais placer.

—Es verdad que frecuentemente hé aprovechado tu presencia al lado de mi madre para ir á trabajar á mi cuarto, lo cual no era muy político que digamos; pero no creí que tú te hubieras fijado en ello.

—Yo he observado con placer que habeis contado siempre con mi cariño para no molestaros por mí...

—¿Con placer! Hubiera preferido que tú lo hubieses observado con sentimiento.

—¿Por que, padrino?—dijo Mariana deteniéndose y mirando á Andrés con sus grandes ojos negros, expresivos y preguntones en aquel momento.

La expresion dominante de su fisonomía era la de una sorpresa grande, la de una persona que espera se le explique algo para no tomarse el trabajo de adivinarlo.

—Parece,—dijo Pedro para sí,—que acabo de decir una tontería, porque no sé cómo explicarla.

No había más que un partido: el de retirarse para cortar la conversacion.

—Vaya hija mia,—le dijo soltando su brazo,—no quiero hacerte andar más; olvido que me aproximé á mi casa y te alejé de la tuya. Todo está convenido; te traeré á tu novio el domingo.

—Yo no tengo novio todavía,—contestó con frialdad Mariana;—y en cuanto al proyecto del domingo, es preciso que vuestra madre consienta en ser de la partida: en caso contrario, no hay nada de lo dicho. Yo iré esta noche á invitarla, si eso no os molesta.

—No me molesta,—dijo secamente Andrés, á quien impacientaba el tono de ceremonia que empleaba la jóven.—Hasta la vista, pues.

Y se alejó descontento y triste.

—¡Que naturaleza tan fría!—iba diciendo al andar.—Pobre de ideas, personal, helada, juiciosa por temor del qué dirán. ¿Dónde tenía yo la cabeza cuando me atormentaba calculando lo que podía haber en el fondo de ese tranquilo y sosegado lago? No hay nada; no es un lago, es un estanque lleno de juncos y de ranas. ¡Ah!... ¡el campo! hé aquí lo que hace de nosotros esta vida patriarcal. Era una niña gentil, interesante á causa de su aspecto pensativo y reflexivo. Ahora es una joven fuerte, fuerte por su prudencia calculada y su frialdad voluntaria.

X.

—Y despues de todo, ¿qué me importa todo eso?—continuaba diciendo Pedro al entrar en su casa.—¡Oh! es bonito mi chalet; lo he calumniado esta mañana. Estas paredes, demasiado blancas, son rosas cuando el sol las mira de frente. Mis plantas trepadoras son audaces, y llegarán hasta el balcon al fin del otoño. Es una felicidad tener una casa propia y gozar de una libertad ilimitada. ¿Por qué he de censurar á mi tranquila ahijada que piense en sí, cuando yo mismo aspiro á vivir sólo por el placer de vivir?

—¡Vamos, hijo mio, vamos!—dijo la anciana madre al verle entrar;—son las cinco y media, y la sopa se enfría.

—¡Ah! madre mia, os he hecho esperar...—respondió Pedro quitándose su saco lleno de flores y pedruscos.—A decir verdad, se me ha pasado la hora; no creía que fuera tan tarde.

Sentóse á la mesa despues de haberse lavado las manos en la pequeña fuente de porcelana azul que adornaba el comedor, y como debía avisar á su madre la visita de Mariana, le contó miéntras comía el asunto en cuestion.

La anciana le escuchó con calma hasta el momento en que Andrés le dió cuenta de la buena acogida que Mariana había hecho á la idea de la presentacion del aspirante. Entónces manifestó incredulidad.

—Vamos, tú me refieres un cuento, ó Mariana se ha burlado de tí. Mariana no quiere casarse; me lo ha dicho cien veces.

—Pues no se acuerda de eso, porque afirma lo contrario, ó quizá haya cambiado de idea. Pero ¿qué tienes, madre mia? ¿Por qué lloras?

—No sé,—contestó la buena mujer limpiándose con la servilleta dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas.—¡Oh! me siento el corazón oprimido y tengo ganas de llorar.

—Hablemos de otra cosa... no quiero que el asunto de nuestra conversacion te quite el apetito. Veamos, madre mia: tú quieres mucho á Mariana, lo sé, y creo que ella merece tu cariño; pero, en fin, es una joven que no se diferencia tanto de las de-

mas como parece. Ella ha soñado en el amor y en la familia, como otra cualquiera, y tú no podías esperar que por hacerte compañía y jugar contigo á las damas renunciase á todos esos ensueños de las jóvenes. Tiene su parte de egoismo, como todo el mundo, y está en su derecho.

—¿Y tú crees que el disgusto que me causa su resolucion tiene su razon de ser en mi egoismo? Despues de todo, quizás tengas razon... Vamos, hago mal en afligirme. No quiero estar triste delante de ella; va á venir, y es preciso manifestar, como tú, tranquilidad y alegría.

—¡Yo!—dijo Andrés sorprendido por la mirada que acababa de dirigirle su madre;—¿por qué habia de estar triste é inquieto?

—Yo creía que podías estarlo un poco.

—Creo que nunca te habrás figurado que yo estuviese enamorado de Mariana.

—Y, aunque así fuera, no vería yo en ello mal alguno.

—¡Ah! madre mia, ahora comprendo... Confiesa que habías pensado en casarme con la pequeña vecina. ¿Por qué nunca me has dicho una palabra de esto?

—No te he dicho una sino muchas palabras, pero tú no has querido entenderlas.

—¿Cuándo?... Te aseguro que no recuerdo nada.

—Hace mucho tiempo... seis años... en tu último viaje, ántes de la muerte de tu padre. Tú tenías entónces un poco de dinero contante, y nosotros pensábamos casarte para conservarte en el país. Mariana tenía veinte años; entónces no era huérfana, rica é independiente como es hoy, y ese matrimonio era todavía posible.

—Y ahora no lo es,—contestó Pedro conmovido.—Yo tengo más edad y menos dinero que entónces; no convengo á Mariana. ¡Ah! madre mia: te suplico que no me expongas nunca á la humillacion de ser rechazado por esa joven reflexiva y desdeñosa. No le hables nunca de mí. Creo que no habrás hablado...

—Sí, alguna vez.

—¿Y qué contestaba ella?

—Nada. Mariana no contesta nunca cuando su respuesta puede comprometerla.

—Es verdad; ya he observado eso. Tiene una prudencia... que tiene para mí algo de horrible. En una mujer de mundo, corrida, coqueta... se comprende; desea adoradores; pero en una hija del campo, que no quiere que su marido calcule... ¡oh! eso es un trozo de hielo que no hay calor capaz de derretir.

—Calla; que llega Mariana,—exclamó la anciana, que más de una vez había observado el despecho amoroso de su hijo.—Que no vea en nuestros semblantes ninguna censura,

XI.

La madre y el hijo habían concluido de comer y se dirigieron al encuentro de Mariana, que se adelantaba al pequeño galope de Suzon. La joven saltó á tierra casi sin detener á su caballo. El dócil animal se detuvo al mismo tiempo, como si hubiese adivinado el pensamiento de su ama, y la siguió al paso hasta la fachada del chalet, desde donde, tomando hácia la izquierda, se dirigió solo á su sitio acostumbrado, que era una pequeña cuadra que había en un rincón de la granja, y que el animal conocía bien, porque la compartía frecuentemente con la burra del colono.

Mariana llevaba por todo traje de amazona una chaqueta-camisola de lienzo blanco, un sombrero de anchas alas de paja de arroz y una larga falda de rayas azules y grises que se recogía graciosamente de un lado, sujetándola por medio de un cinturón á propósito. Llevaba los cabellos cortos y rizados, y este peinado de niña, en su cuerpo fino y de poca estatura, le daba el aspecto de un chico de catorce años. Su color blanco-mate, ligeramente azulado alrededor de los ojos, no estaba tostado por el sol. Sus facciones eran delicadas, sus dientes hermosísimos. Sólo le faltaba para ser linda haber pensado en serlo, ó creer que lo podía parecer.

—Hola, hola,—le dijo la señora Andrés abrazándola;—ya sabemos lo que te trae por aquí, hija mia. Te veo decidida al matrimonio.

—No, señora,—contestó Mariana;—no estoy decidida todavía.

—Puesto que quieres ver al pretendiente, claro es que estás decidida á aceptarlo si te conviene.

—Esa es la cuestión. Verlo no cuesta dinero, como dicen los comerciantes. ¿Consentís en ser vos la introduccion el domingo?

—Ciertamente, hija mia; ya sabes que yo no puedo negarte nada.

—Os dejo tratar en libertad ese grave asunto,—dijo Pedro Andrés dirigiéndose hácia la pradera.—Las mujeres tienen siempre, en este interesante capítulo, secretos que confiarse, y yo estorbaría.

—No, padrino,—contestó Mariana.—No tengo secreto alguno que confiar, y, por lo demás, me abstengo aún de pensar en el asunto hasta el momento en que vuestra madre y vos me digáis lo que yo debo creer acerca de esa persona.

—¿Qué! ¿Esperarás nuestra opinion para decirte?

—Ciertamente.

—Yo no acepto semejante responsabilidad,—replicó Andrés secamente;—yo no sé las cualidades que debe tener un marido, y creo que te burlas de nosotros fingiendo no saber lo necesario para formar tu opinion.

—¿Y cómo he de saber yo lo que me conviene?—exclamó Mariana abriendo sus grandes ojos azules.

—Tú sabes por qué has rehusado á los demás pretendientes que se hayan presentado, y por lo tanto debes saber lo que quieres y por qué aceptarás á éste.

—Ó á otro,—contestó la joven con una sonrisa.—No os vayais, padrino, tengo que pedirós una cosa.

—¡Ah! vamos, tú quieres saber cómo debe ser el marido que te conviene.

Sentáronse los tres en un banco, teniendo á la anciana en medio.

—No,—contestó Mariana;—vos no lo sabeis, porque nunca habeis pensado en ello, ó no me contestaríais sinceramente, porque no os interesais mucho en mi porvenir. Yo quiero preguntaros una cosa que sólo tiene una relacion inmediata con el matrimonio. Yo quisiera saber si una joven en mi posición puede instruirse sin abandonar su morada y sus costumbres.

—¡Oh, qué pregunta más singular!—exclamó Pedro dirigiéndose á su madre:—¿comprendeis algo de esto?

—Sí, comprendo,—contestó la anciana;—y no es la primera vez que Mariana se preocupa de esta idea. Yo no puedo contestarte. He aprendido lo que me enseñaron cuando joven, lo necesario para una pobre campesina; pero esto es poco, y hay muchas cosas de que yo no hablo porque no entiendo. Todo el talento que puede demostrar una mujer en mi posición es el de no hacer preguntas para no revelar claramente su perfecta ignorancia. Mariana no se contenta con tener tacto y saber lo que se necesita para las funciones que ha de llenar en su vida; quisiera saber hablar de todo con las personas instruidas.

—Permitidme, señora; yo quisiera ser instruida, no tanto por el placer de los demás como por el mio. Yo veo, por ejemplo, que mi padrino es feliz paseándose sólo dias enteros y pensando en lo que sabe, y yo quisiera saber si es más dichoso que yo que me paseo mucho tambien sin saber nada y sin pensar en nada.

—¡Hola!—exclamó Andrés sorprendido;—veo que pones el dedo en la llave con que yo no he sabido nunca abrir para descubrir el secreto de tus ensueños.

—¿Cómo! padrino, ¿os habeis atormentado por saber si había algo en mi cerebro?

—No digo esto precisamente por tí, hija mia; pero la cuestión que planteas me la he presentado mil veces. Al ver el aire profundamente meditativo de ciertos aldeanos, la alegría exuberante de ciertos niños, la apariencia de felicidad de los pájaros ó el descanso estático de las flores á la luz de la luna, me he preguntado: ¿Es un beneficio la cien-

cia? Lo que se da á la reflexion, ¿no quita al ensueño su mayor encanto ó á la sensacion su mayor potencia?—Perdona, hija mía; te hablo pedantescamente, y este modo de expresarme debe parecerte ridiculo. En una palabra, te aseguro que no he encontrado solución, y que en este punto puedes tú ilustrarme si quisieras tomarte el trabajo de hablar algunas veces con nosotros de cosas que no sean el precio de las aves en el mercado ó el estado de la sembrera.

—Yo no puedo hablar de lo que no entiendo, padrino; ni conozco las palabras para decir lo que pienso... necesitaría buscarlas muy despacio... Esperad, voy á intentar...

XII.

Los tres quedaron en silencio durante algunos instantes. Mariana estaba en actitud del que hace de memoria una suma de varias cantidades crecidas. La señora Andrés no parecía sorprendida de estas veleidades de razonamiento. Pedro era el único que estaba agitado y como fuera de sí mismo. Aparentemente había tomado con empeño resolver el problema que había planteado por la mañana, á saber: si Mariana era una inteligencia dormida, ó nula.

Por fin la jóven rompió el silencio, exclamando con impaciencia:

—¡Oh! no puedo explicarme; otra vez será. Por otra parte, yo no había venido para preguntaros si la instruccion hacia á las personas más felices ó más desgraciadas; yo quería solamente saber si podía instruirme sin salir de mi casa.

—Sí,—contestó Pedro;—en cualquier parte, teniendo libros y tiempo para leerlos.

—Pero es preciso saber qué libros, y contaba con vos para indicármelos.

—Eso es cosa fácil en cuanto me hagas conocer lo que sabes y lo que no sabes. Tu padre era instruido y tenía algunas buenas obras. Frecuentemente me decía que tú eras perezosa y sin aficion al estudio. Viéndote delicada, no insistió en distraerte de las ocupaciones del campo, que tú preferías al estudio.

—Y siempre sucederá lo mismo,—añadió Mariana.—Cuando salgo y entro y trabajo y corro, me siento bien. Si me encierro en mi cuarto y me pongo á reflexionar, me siento morir.

—Entonces, hija mía, es preciso que continúes viviendo como vives. No comprendo por qué quieres buscar nuevas ocupaciones cuando el matrimonio te las va á proporcionar tan grandes y delicadas.

—Si me caso,—contestó Mariana.—Si no me caso, será preciso que aprenda á ocuparme en cosas serias para los dias en que no pueda correr; pero observo que el sol se pone: ¿quereis que juguemos una partidita, señora Andrés.

La anciana aceptó, y Pedro, á quien aburría toda clase de juego, permaneció en el jardin, paseando por la terraza y mirando á Mariana, que jugaba con su madre en el salon. La jóven estaba tan atenta al juego, tan voluntariamente preocupada en él y tan impasible como todos los dias.

—¿Quién sabe,—decía Pedro,—si será una inteligencia comprimida por un estado nervioso particular? Muchos jóvenes de excelentes condiciones fracasan por falta de la facultad fisica necesaria al trabajo intelectual. Respecto de las mujeres no se pone atencion en estas inconsecuencias de la organizacion; toman otro camino y llegan á otros resultados. Sólo por excepcion se les pide que se formen ellas un estado que exige grandes esfuerzos ó una tenacidad sostenida por el estudio. ¿De qué procede que Mariana se preocupa ahora de ser la excepcion? ¿Experimentará ella como yo el secreto disgusto de no haber sabido utilizar su propio valor? Esto no es un mal en la mujer, cuya vida tiene otro objeto; ser esposa y madre es bastante para su gloria y su dicha.

A las nueve en punto, Mariana abrazó á la señora Andrés, tendió la mano á su padrino y saltó sobre Suzón, que se había inclinado para recibir la carga. La jóven y su cabalgadura eran tan ligeros, que apenas se oyó el galope que en pocos instantes se perdió en el silencio de la noche. Pedro permaneció algun tiempo inmóvil en la puerta de su jardin, siguiendo con el pensamiento á Mariana, atravesando con ella la perfumada landa y el claro riachuelo. Creía ver los objetos exteriores con los ojos de Mariana, y se complacía en atribuirle secretas emociones que ella no tenía quizá.

El dia siguiente era sábado, y por lo tanto había mercado en la Faille. Ir al mercado, aunque no se haya de comprar ni vender nada, es una costumbre de todos los campesinos, colonos y propietarios. El mercado es el punto de reunion en que se encuentran todas las personas de las cercanias que pueden tener negocios entre si. Pedro iba tambien por leer los periódicos; una vez por semana se ponía al corriente de los asuntos generales, y era bastante para un hombre que quería separarse por completo de la vida activa.

Pasaba por delante del hotel de Chene-Vert en el momento en que llegaba el coche, cuando vió descender de él un hermoso jóven, que exclamó saliendo á su encuentro:

—Héme aquí; soy yo.

Y saltó á su cuello con gran familiaridad. Este hermoso jóven, fresco como una rosa y vestido á la última moda en su elegante sencillez de viajero, era Felipe Gaucher, que anticipaba un dia su llegada, anunciada para el siguiente.

—Sí, amigo mio,—repelía, creyendo al ver la

estupefaccion de Andrés que éste no le reconocia;—soy yo... Felipe...

—Os conozco muy bien,—le dijo Pedro interrumpiéndole;—pero es inútil que pregoneis vuestro nombre. Venís aquí para un asunto que no llegará á buen término sin alguna prudencia. Sabed, jóven parisien, que en provincia y en el campo la primera condicion para fracasar es dar á conocer los proyectos que se tienen. Vamos, venid conmigo; una hora de paseo, y llegaremos para comer.

—¡Una hora de paseo con mi maleta en la mano!—exclamó Felipe sorprendido de la proposicion.

—¿Es pesada?—preguntó Pedro levantándola.—¡Bah! esto no vale nada.

—Pero traigo tambien los útiles para pintar, porque espero hacer aquí algunos estudios.

—Entónces voy á decir en el hotel que os envíen todo eso á mi casa; yo no tengo coche ni caballos que ofreceros; me sirvo de mis piernas, y no me va mal.

—Yo tambien sé servirme de las mias; calculad si un paisajista tendrá miedo á andar... ya vereis, ya vereis mañana si sé cargar con mis trastos... pero hoy prefiero que me lleven todo eso.

—Esperadme aquí,—dijo Pedro.

Y entró en el hotel á dar las órdenes convenientes. Al cabo de cinco minutos volvió á reunirse á su huésped, y ambos se pusieron en marcha. Las primeras palabras de Felipe sorprendieron bastante á Pedro.

—¿Y qué tal? ¿Teneis muchas mujeres guapas en este país?

—Abrid los ojos y lo vereis,—contestó Pedro riendo.

—Tengo la costumbre de abrirlos,—añadió el jóven pintor;—ese es mi oficio, y acabo de ver pasar una graciosa jóven á caballo.

—¿Sola?—preguntó Andrés con emoeion.

—Sola, en un caballejo gris de crines negras.

Pedro fingió no comprender de quién se trataba, aunque no podia dejar de saberlo en seguida.

—¿Y decís que es linda?

—No lo he dicho, por miedo de equivocarme... iba tan de prisa... pero el hecho es que me ha parecido encantadora.

—Pues no pasa por linda ni tiene la pretension de serlo.

—¿Sabeis quién es?

—Creo que sí... ¿decís que es pequeña?

—Y delgada como un cohete, pero muy graciosa, cabellos negros rizados, palidez interesante y grandes y hermosos ojos.

—En fin, ¿os gusta?

—Hasta el presente sí. ¡Ah! decidme, ¿será esa la señorita?...

—Chevreuse, sí, la jóven con quien quiere casaros vuestro padre.

—¿Sabe ella que yo vengo para?...

—No sabe nada,—contestó Pedro en tono breve,—y yo no os esperaba hasta mañana.

—Es verdad; salí un día ántes para no atravesar el país de noche. Un pintor quiere verlo todo, y además, yo tenia curiosidad por formar una idea de este país, que es el mio, porque nací en la Faille, como vos, amigo mio; pero no conservo ningun recuerdo de mis primeros años. La ciudad me ha parecido horrible, pero el campo es hermoso; y hé aquí delante de nosotros un precioso camino verde... con horizontes azules á lo léjos... es encantador. ¡Oh! estoy muy bien aquí, y si mi esposa quiere, pasaré los veranos en este país.

—¡Vuestra esposa!... de prisa andais...—exclamó Andrés, echando sobre el jóven una mirada de irritacion altanera.

—La señorita Chevreuse ú otra cualquiera,—contestó Felipe sin turbarse.—Ya estoy en el país, con la órden paterna de buscar una mujer y promesa de un dote. Estoy cansado de la tutela de papá, excelente persona, ya lo sabeis, pero que me fastidia un poco. Sus ideas no son las mias; y creo que no me atormentará ni estará todo el dia censurándome el ser artista, cuando yo haya doblado mi fortuna por el matrimonio. ¡Adelante el matrimonio! puesto que matrimonio y pintura son, en concepto de papá, una misma cosa.

—Y porque amais á la pintura, ¿amareis tambien á la mujer, cualquiera que sea?

—No; pero seré indulgent, y no exigiré que sea una maravilla de talento y de belleza. En cuanto á su carácter, muy malo había de ser para no armonizar con el mio. Yo soy de la mejor pasta que ha amasado el gran panadero del universo; siempre alegre, enamorado de la luz y de la libertad... ¡ah! hé aquí la amazona de hace poco. ¿Es la señorita de Chevreuse? Dobleemos el paso para que yo pueda verla.

XIII.

Mariana había detenido la carrera de su caballo, haciéndole andar al paso para poder hablar á Mariquita, una de las criadas de la alquería, á quien acababa de reunirse no léjos de Dolmor.

Mariquita iba sentada sobre unos sacos de avena en la trasera de una carreta, que su marido guiaba á pié. El camino era demasiado estrecho para permitir á un caballo ó un peaton pasar entre sus ruedas y la cerca. Los bueyes iban despacio; Suzon olió la avena que se acababa de comprar, reconoció su gente y alargó su hocico hasta las rodillas de Mariquita, que le acariciaba, al mismo tiempo que daba cuenta á su ama de los carneros que había vendido á buen precio al carnicero y de los cerdos que había tenido que comprar en condi-

ciones nada más que medianas, pues no se encontraban á precio regular como otras veces.

Durante este diálogo, Mariana había dejado en libertad á Suzon y había tomado la actitud de una persona pensativa y cansada. De repente, al ver una hermosa rama de madreselva que se inclinaba sobre el camino, hostigó á Suzon con el pié y extendió los brazos para coger la rama.

Pero en el mismo instante el jóven Felipe, que iba ya detrás de la jóven sin haber sido observado, se lanzó hácia la madreselva, cortó en el acto la rama, y la presentó á Mariana con ese desembarazo atrevido y cortés de un hijo de París.

A ver al guapo desconocido, de mirada de fuego y sonrisa llena de promesas, Mariana reconoció desde luego al pretendiente. Ningun habitante del país hubiese tenido aquella atrevida galantería. Ruborizóse un poco la jóven; pero se calmó en seguida, diciendo con una débil sonrisa, pero sin aceptar la rama:

—Gracias, caballero; no era para mí, sino para mi caballo.

—Pues permitid,—contestó el artista sin desconcertarse,—que la ofrezca á vuestro caballo, que no me la rehusará.

Y presentó la rama de madreselva á Suzon, que la cogió con sus dientes sin ceremonia.

Felipe se descubrió haciendo el gran saludo, que consiste en levantar el sombrero bastante alto y tenerle suspendido algun tiempo sobre la cabeza como cuando se aclama á un soberano ó á un personaje popular. Mariana había cogido las riendas que llevaba sueltas, hizo un ligero saludo sin mirar á Felipe, y haciendo entrar á su caballo en la cuneta del camino, se adelantó á la carreta; dirigiéndose á galope á su casa.

Pedro aprobó en su interior esta salida de la jóven.

—¿Qué os parece?—preguntó al artista, disimulando irónica sonrisa.—¿La habeis visto bien?

—¡Encantadora!—contestó Felipe;—es distinguida, tiene talento, aplomo, coquetería... una verdadera mujer. ¿Qué edad tiene? Mi padre dice que tiene más que yo; pero debe ser una broma, porque ella parece una colegiala.

—Tiene veinticinco años.

—No es posible.

—Os lo juro. No gusta ella de ocultar su edad.

—No importa; nadie tiene más edad de la que aparenta. A mí, que soy barbudo como un turco, se me atribuye más edad de la que tengo; podrian pintarnos en el mismo cuadro y habría equilibrio: la fuerza y la gracia, asunto clásico.

—Os veo ya decidido...

—Sí, creo que estoy enamorado.

—¿No dudáis del éxito?

—De ningun modo.

—Os felicito por tener tal confianza.

—Amigo Andrés, sólo tengo confianza en dos cosas que poseo: la juventud y el amor. ¡Oh! son dos grandes potencias: el amor que se siente y se comunica, la juventud que da confianza para arriesgarse y expresarse. Nadie puede tener vanidad en decir que es jóven y enamorado.

—Teneis razon,—contestó Pedro, que se había puesto triste y abatido.—No hay vanidad ridícula sino en los que han perdido la frescura de la inexperiencia y la ingenuidad del primer movimiento.

Habian llegado á un sitio en que el camino era ancho y les permitia adelantarse á la carreta. Aproximábanse al chalet de Pedro Andrés, y á lo léjos en el mismo camino vieron á Mariana que había puesto al paso su caballo.

—Ahora no galopa,—exclamó Felipe;—¿quién sabe si piensa en mí?

—De seguro,—pensó Pedro con una especie de concentrado despecho.

JORGE SAND

(Continuará.)

IMPRESIONES DE UN ARTISTA EN ITALIA.

VIII.

Las mismas razones que dejé apuntadas al hablar del Conservatorio de Milan, me obligan á decir muy pocas palabras respecto al Real Colegio de Música de Nápoles, uno de los establecimientos de fundación más antigua y quizás el más completo de este género que hoy se conoce en Europa. La particular circunstancia de hallarse en el campo de temporada su actual director, el maestro Rossi, á mi llegada á Nápoles, me privó del gran placer que hubiese tenido en conocer á tan distinguido compositor; pero en cambio el venerable y digno bibliotecario y archivero del mismo, Sr. Florimo, con la amabilidad que le caracteriza, no sólo me prodigó toda clase de atenciones, que siempre recordaré con gratitud, sino que se brindó también á acompañarme en la rápida visita que hice á dicho colegio. En su agradable y amena compañía recorrí las diferentes cátedras y demas dependencias, haciéndome cargo de su buena disposición, contemplando no sin cierto respeto aquellos vetustos muros que cerraban el recinto donde durante un largo y brillante período se conservaron en toda su pureza, y para gloria del arte italiano, sus más sanas doctrinas en los diferentes ramos que abraza, y con especialidad en los

** Véanse los números 115 y 116, páginas 351 y 431.

dos más importantes, la composición y el canto, que tan justo renombre le dieron.

Larga sería la enumeración de los muchos compositores y cantantes que el Colegio de Nápoles ha producido desde su creación. Sus nombres son bien conocidos de cuantos se interesan por el bello y civilizador arte de la música. Algunos de ellos han logrado brillar en él cual astros radiantes cuya clarísima luz aún nos alumbra. Por eso, al recorrer aquellas aulas que en otro tiempo frecuentaron esos jóvenes á quienes la Providencia plugo dotar de su destello divino para que más tarde conmovieran é impresionaran al público, ya con sus bellas obras ó con sus apasionados acentos, nada tiene de extraño que mi corazón de artista, impresionable por naturaleza, experimentase, al par que una grata satisfacción, cierta inexplicable amargura, cual la que experimenta el amante al recorrer los sitios llenos de imperecederos y tristes recuerdos de su bien perdido.

Mi bondadoso é ilustrado *cicerone*, además de satisfacer cumplidamente á las continuas preguntas que yo le hacía respecto de cuanto iba observando ó deseaba saber, me facilitó los estatutos y reglamentos de dicho establecimiento, en los cuales noté que, no sólo se daban en él las mismas enseñanzas que en el Conservatorio de Milan, sino también algunas otras, como la de *Estética musical*, *Perfeccionamiento del canto*, *Reducción é instrumentación de banda y arpa*. Su magnífica biblioteca, tan bien ordenada como rica en obras musicales antiguas y modernas, manuscritos de contemporáneos célebres y curiosidades artísticas, llamó sobremedera mi atención, y en ella me detuve cuanto me fué posible, pues conocida es de todos mi decidida afición á tan importante ramo de instrucción y cultura.

El maestro Florimo, fiel guardador desde largos años de cuanto en ella se encierra, es no sólo un apreciable é ilustrado compositor, discípulo de Zingarelli, sino también un profesor de canto distinguido y hombre de una laboriosidad incansable. A su constante celo se debe en gran parte el brillante estado en que dicha biblioteca se encuentra en la actualidad, pues no perdona medio alguno para enriquecerla de día en día con nuevas y preciosas adquisiciones, introduciendo continuamente notables mejoras que acrecientan cada vez más su importancia. Él la ha reorganizado y aumentado hasta el punto de ser la más completa y mejor que de su clase existe hoy en Italia. Entre los muchísimos donativos que le ha hecho, figuran 18 retratos antiguos de los más grandes maestros, y con su influencia personal obtuvo de los más ilustres artistas napolitanos que regalaran más de 30 retratos, pintados expresamente para las dos salas que la

constituyen, las cuales se inauguraron en 1874, y en las que se admira el *Apoteosis de Bellini*, magnífico fresco de V. Paliotti.

Las obras musicales de todo género, tanto impresas como manuscritas, los retratos de eminentes compositores antiguos y modernos, varios instrumentos ú objetos que á ellos pertenecieron y que con religioso respeto allí se conservan, todo se halla clasificado y presentado según su importancia con tanto orden é inteligencia, que casi puede decirse que este interesante recinto participa á la vez del doble carácter de Museo y Biblioteca. Verdad es que el amor que profesa tan diligente bibliotecario á los libros y demás objetos confiados á su cuidado excede á toda ponderación, pues los contempla y los acaricia cual si fueran hijos suyos. Siempre recordaré con placer el acento de verdadero cariño y entusiasmo con que, á medida que iba enseñándome muchas de las curiosidades que dicha Biblioteca encierra, me refería con gran minuciosidad la época en que vinieron á formar parte de ella, su historia más ó menos curiosa, como asimismo la amistad que en otro tiempo le unió con los compositores más eminentes de Italia, y otras mil circunstancias cuyo recuerdo parecía rejuvenecer por algunos momentos su respetable y bondadoso rostro. Amante yo también de estas reliquias del arte, y admirador como el que más de los célebres maestros que tanto le enaltecieron con su gran genio, entre tan caros objetos, é interesado con tan amena conversación, deslizáronse dulcemente las horas, llenas de seductor encanto para mí, ya contemplando la partitura original de alguna ópera de autor antiguo ó moderno, ó bien mirando con veneración el tintero de Zingarelli, el piano de Cimarosa, la pluma con que Bellini escribió los apasionados cantos de su inmortal *Pirata*, y otras muchas curiosidades artísticas que sería prolijo enumerar y que dejaron para siempre en mi alma un imperecedero y gratisimo recuerdo.

No ménos duradero y más profundo será el que conserve del maestro Florimo, con quien tanto simpatice desde el momento en que le fuí presentado por mi buen amigo de infancia el distinguido artista Goachino Massard. Por la tristeza que después sentí al separarme de su lado, quizás para no volvernos á ver ya más en la vida, pude convencerme del verdadero cariño que en tan corto tiempo le habían conquistado en mi corazón, no sólo su bondad y su talento, sino también su decidido entusiasmo por ciertos ramos del arte, objetos asimismo de mi particular predilección. *Los libros, el canto y la música popular*, tales fueron los poderosos elementos que contribuyeron á estrechar nuestra amistad. Ambos apreciábamos del mismo modo su importancia, su utilidad y los infinitos goces que de ellos

se desprenden, habiendo dedicado á su conocimiento y cultivo los mejores años de nuestra vida.

Respecto de su inteligencia en la primera de estas materias, puede ser buena prueba el estado de brillantez en que ha logrado colocar la referida biblioteca del Real Colegio de Música, confiada desde largos años á su cuidado. Como maestro de canto y director de los conciertos del mismo establecimiento, sus muchas y apreciables obras, y con especialidad su magnífico método de canto, en el cual con gran conocimiento y criterio se hallan condensadas en un orden tan lógico como progresivo todas las dificultades de mecanismo y expresion que dicha enseñanza encierra, atestiguan su indisputable autoridad en tan difícil ramo del arte. En mi concepto, es uno de los mejores que se han publicado en Italia. Dicho método, del que ya se han hecho tres ediciones, y que recibí de manos de su autor, cual precioso recuerdo de nuestra inolvidable entrevista, pienso no sólo conservar con el aprecio de que es digno, sino también consultarle de continuo con gran provecho de mis alumnos que al estudio del canto se dedican. Su entusiasta afición á las canciones populares de su país, consignada ha quedado de un modo imperecedero, y para honra del mismo, con su preciosa colección titulada *Eco di Napoli*, que publicó hace años en casa del editor Cottran, y que puede considerarse como el verdadero archivo del gusto, sentimiento y costumbres del pueblo napolitano. Esta se divide en ocho diferentes secciones, á saber: *Le Napolitane*, *Le Montanine*, *Le Popolane*, *Canti della Collina*, *Canti del Golfo*, *Brezze Marine*, *Serenate di S. Elmo* y *Le Notti di Napoli*, las cuales abrazan todo cuanto se relaciona con la vida íntima del hogar y con las públicas manifestaciones á que tan bulliciosamente se lanza en sus fiestas y romerías un pueblo tan apasionado, alegre y amante de la música, como lo es el que habita bajo el ardiente y azulado cielo del incomparable golfo de Nápoles. El inteligente recopilador de estos cantos, comprendiendo que la música del pueblo es un poderoso y hasta indispensable elemento para la historia del arte músico en todo país civilizado, se dedicó á su estudio desde su juventud con tan gran afición como constante perseverancia, habiendo conseguido reunir á fuerza de tiempo y de trabajo los preciosos materiales que hoy constituyen tan apreciable como curiosa colección.

Reconocida ya desde largo tiempo la gran utilidad que tanto al arte como á la historia patria pueden reportar estas sencillas manifestaciones que tan vivamente retratan las costumbres, creencias y modo de sentir de un pueblo, nada más justo que tributar al artista que tanto se afana por el bien de su país el merecido aplauso que tan de derecho le corresponde. Fácilmente se comprenderá también

la viva satisfacción que experimenté al discurrir con él sobre la música popular, objeto predilecto de nuestras constantes investigaciones y de trabajos por ambos ya publicados en nuestras respectivas naciones y que reciprocamente cambiamos con tan mutuo como cariñoso aprecio.

IX.

Grande es el encanto que para todo artista de verdadero talento tienen las canciones populares de Venecia, Sicilia, Nápoles y de otras muchas provincias de Italia; mas de todas ellas, las napolitanas son las que con más razón han logrado tomar, por decirlo así, carta de naturaleza en las principales capitales de Europa, gracias á su fácil y elegante melodía, á su exquisito sentimiento y al irresistible ritmo que tanto las caracteriza. Muchos compositores modernos, tanto italianos como extranjeros, las han introducido ó imitado en sus óperas con éxito casi siempre feliz y completo. Estos pequeños poemas, de cortas dimensiones, pero que entrañan por lo general un determinado afecto de tristeza, de alegría ó de amor, compuestos por el mismo pueblo, fruto muchas veces de la inspiración colectiva, tienen tal encanto, se apoderan de tal modo de la gran masa llamada público, que todo lo invaden con sus sentidos y marcados acentos, penetrando lo mismo en el corazón del rústico campesino que en el alma del más encopetado aristócrata.

Nápoles puede decirse que es el país por excelencia de las canciones populares, y á mi juicio varias son las causas que á ello contribuyen de un modo poderoso. El carácter alegre y bullicioso de sus habitantes, su afición á la música, la gran parte del pueblo que pasa su vida al aire libre vendiendo noche y día con desaforados gritos ó con agradables cantinelas toda clase de pescados, frutas y demás productos de su fertilísimo suelo, sus históricos *lazzaroni*, cuya problemática existencia parece dedicada tan sólo *al dolce far niente* y á la contemplación de la bella naturaleza que los rodea, su despejado cielo, su risueña campiña, su azulado mar, cuyas tranquilas aguas invitan á pasear sobre sus ondas, y los mil deliciosos sitios de recreo que, esparcidos en la dilatada herradura que forma su pintoresco golfo, tanto convidan á expediciones campestres llenas de encantos y de placer; son otros tantos elementos que, impresionando de continuo la ardiente imaginación del pueblo napolitano, constituyen la verdadera fuente de inspiración, de la que brotan sin cesar tan deliciosos como espontáneos cantares.

Es imposible visitar esta populosa ciudad sin recordar á cada paso alguna de nuestras provincias de Andalucía, á las que tanto se asemeja por su movimiento y alegría, por su cielo y productos, por

sus costumbres, y muy especialmente por el amor que el pueblo profesa á la música del país, todo lo cual, imprimiendo en ella un sello propio que tanto la distingue de las demas de la península itálica, la hacen ser manantial constante é inagotable de interesantes descripciones, de sensuales goces, de vehementes amores y de imperecederos recuerdos para todo corazón impresionable y artista. Por otra parte también, el pueblo napolitano, tanto por su carácter y temperamento, como por las condiciones de su clima, localidad y demas circunstancias que desde su cuna le rodean, tiene muchos puntos de contacto con el nuestro, y nada tiene de extraño que participe de sus gustos y aficiones.

Así, pues, del mismo modo que en España el género de la zarzuela goza desde algunos años del constante favor de nuestro público por las especiales circunstancias que reúne y que le han hecho ser considerado ya como un espectáculo verdaderamente nacional, en Nápoles obtienen también grande aceptación ciertas operetas de carácter cómico, con música bien ritmada y melódica, basadas por lo general sobre las costumbres del país, y en las que figuran de continuo tipos del pueblo y cantos populares que causan las delicias de sus oyentes.

Por esta razón, sin duda, la empresaria del *Teatro Nuovo* de Nápoles, signora Fanny Sadowsky, que á mi llegada á dicha población se hallaba empeñada en una corta pero fructífera campaña teatral, dando á conocer con satisfactorios resultados las obras de Offenbach y de Lecocq, conociendo sin duda el no ménos halagüeño obtenido ya anteriormente en los teatros de Milan y Génova con *El Grumete* de Arrieta, que en ellos se representó traducido con el nombre de *Il Mozzo*, y comprendiendo las muchas probabilidades de éxito que otras muchas de nuestras zarzuelas pudieran tener en su teatro, ya por su verdadero mérito musical, como por hallarse en ellas introducidos ó imitados la mayor parte de los cantos y bailes populares de España, tan llenos de novedad y de encanto, tuvo conmigo una entrevista con objeto de realizar dicho propósito, ya demostrado anteriormente por medio de cartas dirigidas á D. Francisco Asenjo Barbieri. Desgraciadamente, ni las gestiones que con él tuvo, ni las mías, han podido hasta ahora conducirnos al fin deseado; pero es indudable que, no siendo esa empresa sola la que desde algun tiempo ve en la música española un poderoso elemento de novedad para el público de Italia, sino también otras que asimismo acarician dicho pensamiento, me atrevo á asegurar que no tardará mucho en realizarse el feliz resultado de que las obras de nuestros principales compositores, traducidas al idioma italiano, salgan del círculo estrecho de nuestro país, en que hoy sólo se conocen,

X.

Mas si tan satisfactorio acontecimiento, próximo ya á realizarse para honra de nuestros maestros y de nuestra patria, llenó mi alma de grata satisfacción, debe considerarse cuán grande sería la que experimenté cuando, después de visitar las agencias teatrales de Milan y de leer la mayor parte de los periódicos musicales de Italia, me convencí de que tanto en sus teatros más importantes como en los principales del extranjero figuraban de un modo digno y decoroso nuestros cantantes españoles. A mi llegada á Milan tuve el placer de abrazar á muchos de éstos, de los cuales algunos fueron mis discípulos en el Conservatorio de Madrid, y conocí también á otros cuya amistad cultivé con sumo agrado durante mi permanencia en dicha capital. La mayor parte de ellos se apresuraron á venir á saludar á su antiguo maestro y compañero de arte y compatriota, favoreciéndome repetidas veces con sus visitas y hasta prodigándome obsequios que gustoso consignaría en este sitio si no temiese ofender su natural delicadeza. Pocos días después, y con motivo de hacer oír á mi discípula la señorita Ocampo en las principales agencias teatrales para proporcionarla una colocación cual convenia á sus especiales condiciones, pude convencerme de que, gozando en ellas de gran crédito nuestros compatriotas Gayarre, Aramburo, Marin, Padilla y demas artistas que desde algun tiempo vienen ocupando los mejores puestos en los teatros de Italia y de otros países, el nombre español era casi una garantía para el buen éxito de las difíciles y enojosas cuestiones de contratos, como en efecto lo fué, pues al poco tiempo logré realizar uno bastante ventajoso para dicha jóven con Mr. Ferry, agente artístico de los teatros de San Petersburgo y de Moscou.

Los nombres de estos artistas, que hoy se hallan fuera de su patria, ya por sus excelentes facultades vocales como por su buena escuela de canto ó demas condiciones, son muy apreciados en la actualidad, hasta el punto de gozar de bastante reputación en el extranjero. Merecen el aprecio de todo buen español, y conceptúo un deber no sólo de compañerismo sino también de amor á nuestro país el mencionarlos. Nada diré respecto de las señoras Volpini, Peralta, De Cepeda, Mantilla, Llanes, Cortés, Bona, Villagran, etc., ni de los Sres. Carrion (padre), Abruñedo, Azula, Vidal, Mendioroz y otros á quienes ya conocíamos por haber cantado en el teatro Real de Madrid y en otros de las principales provincias de España; pero sí debo manifestar que, además de estos, existen muchos más escriturados constantemente en los mejores teatros de Europa, y particularmente en los infinitos que hay en Italia, pudiendo contar como

sopranos, mezzo-sopranos y contraltos las señoras Lasanca, Martí, Rissarelli, Mocerroa, Sainz, Caballero, Viñolas, Moreno, Portas y Sanz; como tenores los Sres. Gyarre, Aramburo, Marin, Carrion (hijo), Frapolli, Villena, Camero, Sabater, Reynes, Marimon, Roig, Rincon, Ria, Garibay, Tintorer, Gazul y Ferrer; y como bajos y barítonos, Rodas, Raguer, Huetania, Visconti Vasallo, Ulloa, Latorre, Albari, Cuyás, Calatayud, Rovira y Wanden. De esta gran pléyade de artistas españoles fueron escriturados durante la estacion de 1875 al 1876 para los teatros de Rusia las triples Volpini, Moreno y Ocampo, los tenores Marin, Aramburo y Marimon, el barítono Padilla, el bajo Raguer y el maestro Goula como director de orquesta. Tambien fueron contratadas las señoritas Mantilla y Sanz, y los Sres. Carrion (hijo) y el barítono Wanden, para el teatro de la Scala; María Rissarelli para el de Lóndres; Enriqueta Lasanca para el teatro nuevo de Nápoles; el tenor Roig para Génova, y mi discípulo el barítono Rovira para Liorna. A mi salida de Palermo era esperado en dicha capital el tenor Gyarre, el cual fué asimismo escriturado, en union de la Galetti, para dar algunas representaciones extraordinarias en el mes de Agosto con motivo de las fiestas que allí debían verificarse para conmemorar el XII congreso *degli scienziati* (1). Al propio tiempo Abruñedo cantaba con muy buen éxito durante las funciones solemnes que en honor de Majer y Donizetti se celebraban en Bergamo. El barítono Calatayud (Massi) era tambien en dicha época muy bien recibido del público en Monza, y, por último, las señoritas Ferrer y Mantilla (hermana de la anterior) y los señores Camero y Latorre acababan de firmar sus contratos para uno de los teatros de América.

Tal es la falanje de compatriotas que alimentan actualmente la mayor parte de los teatros extranjeros. Creo haber sido fiel en la enumeracion de todos ellos; pero si el nombre de alguno, no ménos digno que los que llevo apuntados, se hubiese olvidado en este relato, culpa será de mi memoria, mas no de mi buena intencion, siempre dispuesta á ensalzar cuanto pueda ser halagüeño y satisfactorio para nuestra patria. Debo decir además, y sin temor de ser desmentido, que el crédito de que hoy gozan algunos de estos artistas es tan positivo, que disfrutan de pingües sueldos, que no sólo les permiten vivir con la mayor comodidad, si no tambien ir reuniendo un capital respetable, con el cual dentro de muy breves años podrán retirarse de la escena, teniendo asegurado su porvenir para el resto de su

vida. En prueba de ello, y para que no pueda creerse exagerado cuanto llevo expuesto, citaré un hecho, del que yo mismo fuí testigo. Hallándome en Venecia, á primeros de Agosto, tuve la gran satisfaccion de oír á mi discípulo, el tenor Marin, en el teatro de la Fenice, donde se hallaba contratado por quince representaciones solamente, y por las cuales recibió la respetable suma de 15.000 francos.

Ahora bien: estos artistas que han logrado adquirir un nombre apreciable en el arte, ¿no son acreedores á que yo me ocupe de ellos haciéndolos conocer, yá que otros más autorizados, pero tambien más indolentes, no me han precedido en tan honroso deber de patriotismo? Rubor causa decirlo, pero es indudable que, á no ser por alguno que otro periódico musical del extranjero que de vez en cuando se encarga de hacernos saber los teatros que estos recorren y los triunfos que en ellos alcanzan, ignoraríamos hasta que existen dichos cantantes, pues aunque *La España Musical*, *El Correo de teatros* y demas periódicos artísticos y literarios de Madrid, Barcelona y otras capitales de España suelen copiar de los de Italia y Francia algunas noticias referentes á ellos, el número de sus lectores es por desgracia bastante escaso y sus nombres difícilmente llegarán á ser conocidos de la gran colectividad que constituye el público. Por otra parte, nuestros diarios políticos, que serian el poderoso elemento que pudiera darles publicidad, harta tarea tienen con ocuparse en las importantísimas y vitales cuestiones que actualmente preocupan el ánimo de todo buen español, por lo cual las artes sólo pueden tener en ellos, por ahora, un lugar muy secundario, pues son el esplendor y lujo de la nacion, brillante luz cuyos vivificantes rayos, para que puedan llegar á iluminarnos, necesitan ántes romper la oscura y densa atmósfera que nos rodea. Si á esto se agrega que nuestros empresarios de ópera, persuadidos quizá de que *nadie es profeta en su patria*, y conociendo tambien por una triste experiencia que los cantantes españoles, aunque vengan á nuestros teatros precedidos de una reputacion justamente adquirida en el extranjero, sólo logran obtener en ellos, por lo general, lo que en el tecnicismo de bastidores podemos llamar *un succès d'estime*, no tienen grande empeño en que figuren en sus numerosos cuadros de compañías, por más que supongamos que en el fondo de su corazon se congratulen sinceramente de las ovaciones y triunfos que en tierra extraña puedan alcanzar. De todo esto se deduce, á mi juicio, que, dadas todas estas circunstancias, dichos artistas poco ó nada pueden hoy esperar de la patria en que nacieron, y cuyo recuerdo querido forzosamente ha de amargar algunos momentos de su existencia. Como consecuencia de tan triste verdad, ¡cuántas veces al pasear

(1) El verdadero fanatismo que acaba de excitar en el público de Milan este distinguido compatriota con la ópera *I Puritani*, y que, segun la unánime opinion de toda la prensa de Italia, le ha colocado en uno de los puestos más elevados del arte, no puede ménos de ser altamente satisfactorio para nuestro Conservatorio, donde se ha educado.

con algunos de estos queridos compatriotas por la suntuosa galería Víctor Manuel de Milan, única de su género en el mundo, nos lanzábamos á desconsoladoras reflexiones, ya sobre las desgracias que continuamente afligen á nuestra pobre España, ó sobre el aprecio de que eran objeto en los teatros del extranjero y de la decepcion terrible que quizás les esperaba el dia en que por desgracia volviesen á su patria! Recordando con este propósito lo que respecto de Raimundo Madrazo, Martin Rico y otros pintores españoles que son hoy honor de nuestra patria en el extranjero decía en su Revista de *El Imparcial* del dia 8 de Noviembre de 1875 El Lunático, exclamaré yo tambien con él, y hasta repitiendo sus mismas palabras, diciendo: «No deseo que vuelvan á España. Nosotros los que en ella estamos hacemos tanto en descrédito de su nombre, que por noble egoismo deseo permanezcan fuera de España cuantos por su talento y su genio saben allí honrarla.»

Pero ántes de concluir estos párrafos que con gran satisfaccion dedico á nuestros cantantes españoles, para entrar despues en algunas consideraciones generales respecto del arte del canto, debo manifestar, segun mi sentir, la razon del buen nombre y de la brillante carrera que en el extranjero, y muy particularmente en Italia, logran hacer algunos de los artistas que acabo de mencionar.

Sabido es de todos el gran número de jóvenes de ambos sexos que, sin hallarse dotados de buenas voces ni de otras muchas condiciones que tan necesarias son para el arte lirico-dramático, á él se dedican sin embargo, ilusionados por las exageradas ganancias que en sus dulces ensueños se prometen, y que sólo consiguen ver realizadas despues de mil penalidades los que, además de unas felices facultades ó de un verdadero talento, son favorecidos tambien por la voluble y caprichosa fortuna. De esto se deduce que tanto en Milan como en Paris y de mas centros donde afluyen de continuo dichos artistas, porque en ellos se cotiza el poco ó mucho mérito que estos puedan tener, los españoles que en el dia tan ventajosamente se contratan, ó se hallan dotados de una excelente voz, ó poseen una discretísima escuela de canto, habiendo tambien alguno que otro que reúne ambas cualidades; y como por desgracia hoy tanto escasean las dos cosas, nada tiene de extraño que de ellas se haga gran aprecio, sobre todo en Italia, país que fué siempre la cuna del *bel canto*, y en el cual yo no puedo creer, como algunos pretenden, que se hayan perdido del todo las bellas tradiciones que en el arte dejaron Crescentini, Pellegrini, la Pasta, Rubini y tantas otras eminencias de imperecedera memoria.

JOSÉ INZENGA.

(Continuará.)

LAS SEPULTURAS.

No sabemos qué filósofo ha dicho que nos sentimos naturalmente inclinados á demostrar mayor consideracion al hombre despues de muerto que durante su vida. En efecto: ¡cuántas veces hemos oido censurar á un vivo, que una vez en el otro mundo se convierte en objeto de estimacion y de alabanza! La muerte hace héroes más bien que las grandes acciones, porque la oscuridad de la tumba tiene su elocuencia. La apologia arranca de la sepultura, y el primer murmullo de la fama es frecuentemente el eco de la primera palétada de tierra que cae sobre el ataúd.

No se ha encontrado aún pueblo alguno, por primitivo ó salvaje que sea, que no tenga ritos fúnebres. El uso de la sepultura parece esencialmente propio de la especie humana. Allí donde cesa esta práctica, cesa tambien la huella de la humanidad, porque ningun orden de animales manifiesta la menor preocupacion por sus muertos. Los anales de las razas humanas se revelan por los vestigios de las tumbas, que datan de época anterior al periodo histórico y que á veces ofrecen enigmas indescifrables hasta para los arqueólogos más sabios. Estamos unidos al pasado más remoto y más oscuro por una línea interminable de sepulcros, y lo único que sabemos de muchísimas naciones es que están muertas y sepultadas. Este globo giratorio con sus millares de millones de habitantes no es otra cosa que un vasto cementerio. El vivo está en proporcion infinitesimal con el muerto, cuyos restos se han identificado con el suelo que hollamos y que llamamos nuestro. No somos más que un puñado de hombres ante los billones del pasado y los billones del porvenir.

Sin penetrar más en estas consideraciones filosóficas, creemos que en el momento en que las cremaciones y la cuestion de cementerios preocupan la atencion pública, no dejan de tener algun interes estas líneas, puesto que tienen por objeto indicar las tres maneras de sepultar: el embalsamamiento, la cremacion y el enterramiento.

El primero de estos tres procedimientos no fué, como frecuentemente se ha creído, exclusivo de los egipcios. En Méjico se han encontrado momias, y los antiguos peruanos, como demuestra Garcilaso de la Vega y refiere Prescott, conservaban los cuerpos de sus Incas á la manera oriental. En el templo del Sol, en Cuzco, estos monarcas estaban sentados, como si viviesen aún, en tronos de oro y con régias vestiduras, las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza algo inclinada, cual si quisiesen saludar á sus reinas, tan sagradas como ellos y aliñeadas á su vez con la espantosa majestad de la

muerte. Los guanchos, aborígenes de las islas Canarias, embalsamaban groseramente sus muertos, retirándoles los intestinos, desecando al aire los cuerpos, cubriéndolos de barniz, y los encerraban en cajas de madera después de envolverlos estrechamente en pieles de cabras.

Pero los egipcios llevaron el procedimiento hasta la perfección, introduciendo en el cuerpo de los cadáveres sustancias antisépticas. Así, pues, embalsamados en sus catacumbas, estos cuerpos han sido evaluados en 400 millones. Herodoto y Diodoro de Sicilia, sobre todo el primero, explicaron minuciosamente el método de conservación egipcia, y por aquellos escritores sabemos que la conservación de los cadáveres era objeto de un comercio regular. Los embalsamadores retiraban el cerebro y los intestinos, llenando de mirra, canela y otras sustancias aromáticas las cavidades vacías, y dejaban en seguida el cuerpo durante setenta días entre natron ó carbonato de sosa. Lavado después cuidadosamente el cuerpo, envuelto en vendas de fino lino engomado, era depositado en una caja de madera modelada sobre la forma humana. También existían otros métodos de embalsamamiento menos costosos, variando el precio de ocho mil duros á dos mil de nuestra moneda. En aquella época debía ser tan considerable esta cantidad, que apenas puede comprenderse cómo egipcios de la clase ordinaria podrían poseerla por toda fortuna. El método más sencillo de embalsamamiento, para uso de los pobres, consistía en extraer los intestinos al cadáver y hacerle inyecciones, generalmente de aceite de cedro; en seguida depositaban el cuerpo entre natron hasta que las carnes quedaban bien impregnadas de esta sal. Recientes investigaciones han demostrado que debía someterse á la acción del calor el cuerpo previamente lleno de una sustancia bituminosa, la cual producía creosota y la extendía por todos los tejidos haciéndola penetrar en ellos.

Hoy todavía se practica el embalsamamiento; pero este método de sepultar va siendo cada vez menos frecuente, por lo cual nos limitaremos á mencionar un solo procedimiento moderno que se usa generalmente: el sistema Chaussier. Este procedimiento consiste en extraer las vísceras y mantener el cuerpo constantemente saturado de protocloruro de mercurio. Al combinarse la sal con las carnes, no solamente les comunica firmeza, sino que les da la facultad de conservarse, sustrayéndolas de la acción destructora de las causas exteriores é interiores. La inyección, en las venas, de una disolución de sulfato de alúmina ó de cloruro de mercurio y vinagre de madera, ó también de sulfato de zinc, se ha reconocido como muy eficaz.

Si la antigua práctica de embalsamamiento tiende á desaparecer de las naciones actuales, no sucede

lo mismo con la cremación, que, no ménos antigua, se encuentra tal vez en visperas de renacer y tomar puesto entre las costumbres de los pueblos civilizados.

¿En qué época empezó á practicarse la cremación? Difícil es determinarlo. Según lo que en la actualidad sabemos, los griegos fueron los primeros que adoptaron la cremación de una manera general, á pesar de que también usaban la inhumación, como lo indica el sentido del verbo *ζάπτειν*, que lo mismo se aplica á la cremación que á la inhumación. Cuando el cuerpo debía ser confiado á la tierra, se le depositaba en un recipiente de barro cocido para llevarle fuera de la ciudad. Cuando se le debía reducir á cenizas, lo colocaban sobre una pira, á la que se le prendía fuego delante de los parientes ó amigos. Recogíanse en urnas los huesos calcinados, y éstas quedaban depositadas en tumbas construidas á lo largo de los caminos que conducían á la ciudad. La cremación de los muertos ofrece grandes ventajas bajo el punto de vista de la salubridad de las ciudades; pero esta cuestión tiene tanta importancia que merece especial exámen, y continuaremos describiendo los otros métodos de sepultar usados por los antiguos ó en algunas naciones contemporáneas.

La arquitectura mortuoria, los monumentos dedicados á los que fueron, han ofrecido siempre la mayor variedad; pero en ciertos casos, cuando se trata de construcciones antiguas, no es fácil saber si son realmente tumbas. Se han expuesto tantas teorías y tantas hipótesis sobre algunos túmulos especialmente, que á pesar de las investigaciones más laboriosas, los arqueólogos no podrían decirnos si fueron tumbas ó altares para sacrificios, si ciertos montecillos primitivos y misteriosos cubren tumbas ó el emplazamiento de un tribunal, si los extraños círculos descubiertos en muchos parajes son templos ó lugares consagrados á la muerte.

Sea de esto lo que quiera, no siempre se puede dudar, y las sepulturas de los tiempos primitivos se componen de túmulos, dólmenes, círculos, avenidas y menhirs. El hombre empezó á hacer sepulturas excavando la tierra y elevando en seguida un montecillo más ó ménos alto, según el rango del personaje enterrado. Pero quiso también proteger el cadáver é imaginó en seguida los ataúdes de madera ó de piedra, según las comarcas. Frecuentemente ha desaparecido la madera; pero no ha sucedido lo mismo con la piedra, que se encuentra siempre en las tumbas antiguas.

Los dólmenes ó mesas de piedra en el exterior ó en el interior de los sepulcros, representan otro orden de sepultura, peculiar principalmente á los Celtas.

Parece que empezaron por las piedras toscas

(kistvaens) que se encuentran en algunos túmulos sepulcrales. Estos kistvaens son ordinariamente en número de cinco ó seis, colocados de plano y cubiertos con una piedra como para proteger el cuerpo. Muchos dólmenes, especialmente en la Gran Bretaña, están elevados del suelo, como el de Castle Wellan en Irlanda. Es indudable que este nunca tuvo muros, y la piedra superior está cuidadosamente colocada sobre tres puntos. Este dólmen en forma de trípode pasa por ménos antiguo que los que están rodeados de muros.

No debe creerse que todos los pueblos hayan tenido de un modo absoluto profundo respeto hácia los muertos. Algunas tribus aborígenes de la América del Norte, los Sioux, por ejemplo, en vez de sepultar sus muertos, los envuelven en pieles ó en mantas y los colocan sobre unos zarzos sostenidos con puntales, y algunas veces los atan á las ramas de un árbol sagrado. Los cuerpos quedan de esta manera expuestos al sol y á las aves de rapiña; pero los indios no se cuidan de ello, persuadidos como están de que el espíritu del muerto está con el Manitú que protege las afortunadas tierras de caza.

En el extremo Oriente, el culto de los muertos es tan diferente del que se observa en Europa, que creemos deber llamar la atención sobre él. Los chinos tienen especial devoción por los muertos; no tienen cementerios, y las familias inhuman los cadáveres en sus terrenos particulares. Cuando el propietario es rico, elige cuidadosamente los terrenos de sepultura y los adorna con sumo gusto. Ordinariamente se encuentran en las laderas de las colinas, cubiertos de flores y de arbustos. Algunas tumbas de estas que se encuentran en las inmediaciones de Chung-zu son preciosas, y han hecho decir á los viajeros que los parajes más bellos del Reino de las Flores están destinados á sepulcros. Un habitante del Celeste Imperio cuidará más de su sepultura que de su casa; rico, vivirá en su tabuco para poder embellecer mejor el paraje donde reposarán sus restos. Con tal de que esté seguro de ser enterrado en medio de flores, en un delicioso bosquecillo, ¿qué le importa las adversidades de la suerte? El budhismo es la religión dominante entre los chinos, y como esperan permanecer mucho tiempo en la tierra después de muertos, desean naturalmente encontrarse bien. La piedad filial, el amor de los padres hácia sus hijos, son en ellos sentimientos profundos. El consuelo más grande de una madre, de un padre en sus últimos momentos, es que tendrán ataúd elegido por ellos, es que sus hijos y sus nietos venerarán y amarán sus cenizas. Frecuentemente estos ataúdes, en cuya elección tan exigentes se mostraron, permanecen guardados en la propia casa, y ningún mueble es tan estimado ni tan minuciosamente conservado. Sabiendo que

algun día necesitarán este mueble, se apresuran, como personas prácticas que son, á atender á esta indispensable necesidad. Cuando cambian de residencia, llevan con ellos sus ataúdes, como los antiguos romanos llevaban sus lares y penates. Cuando se compra un terreno para edificar, se estipula siempre en la venta que serán exhumados los numerosos difuntos de una serie de generaciones. Recógense los huesos en vasijas de barro, llevando esta inscripción de dudoso gusto: *Conservas de antepasados*. En efecto, estas vasijas parecen botes de droguero, y se entierran de nuevo con la mayor economía, no alzándose jamás un edificio sobre ellas á causa de una superstición según la cual los fantasmas ultrajados hacen perecer á los sacrílegos habitantes y los torturan durante toda la eternidad.

Fuera de los muros de Pekin se encuentran numerosas tumbas de las principales familias; tumbas adornadas con gigantescas esculturas representando hombres y animales. Estas figuras, talladas en piedra caliza, están extendidas por todo el Imperio, y, reducidas á numerosos fragmentos; demuéstrase por este mismo hecho que su origen remonta á siglos antiguos.

Cuando muere un chino, sus parientes y amigos no dejan de llevar sus restos á su país para enterrarle allí, sin retroceder ante obstáculos, distancia ni tiempo. Cuando trasladan el ataúd que contiene el cuerpo, ponen frecuentemente encima un gallo blanco, que debe llamar el alma del difunto á la morada.

DR. ZUNT.

EL PLANO DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Desde el Padre Sigüenza, escritor del siglo XVI, hasta nuestros días, varios y eruditos historiadores se han ocupado en describir el grandioso Monasterio de San Lorenzo del Escorial, levantado por Felipe II en acción de gracias por el triunfo alcanzado sobre las armas francesas en la gloriosa batalla de San Quintín; todos ellos han dado á conocer, con más ó ménos acopio de datos, su historia desde su fundación hasta la terminación de la fábrica, como también las obras de arte que encierra este célebre monumento de la Edad Moderna.

No es nuestro objeto describir en este lugar su disposición, ni tampoco ninguna de sus obras de arte; sólo dar á conocer en ligeros rasgos un trabajo que se refiere al citado Monasterio y que por su índole no deja de tener su importancia é interés bajo el punto de vista de la utilidad: este es el *plano* que ha dado á luz el Sr. D. Pedro Salcedo de las Heras.

Este plano es la representación geométrica de la planta *baja y general* de todo el monumento, y por consiguiente, comprende Iglesia, Convento, Seminario y Palacio. Todas estas cuatro partes principales están perfectamente detalladas en el plano, formando el conjunto de todo el edificio con la exactitud geométrica que requiere su importancia; y las dimensiones (son de 69 centímetros por 71) que ha dado al dibujo su autor, lo hacen sumamente inteligible, contribuyendo á ello la buena ejecución de su grabado, ejecutado en piedra por el Sr. D. P. Peñas.

Para reconocer la importancia de este concienzudo trabajo, es necesario, ante todo, manifestar la manera con que ha sido ejecutado; su dibujo no es la copia servil de otros planos, como casi siempre se practica, ya sea en igual ó menor escala, ántes al contrario, la laboriosidad del Sr. Salcedo ha rayado en la minuciosidad de tomar todos los conjuntos y detalles del edificio á que nos referimos del natural por medio de *acotaciones*, y despues construir su trazado, como se practica en determinados casos, cuando se quiere obtener una completa exactitud de la proyección de un edificio. Este procedimiento empleado por el Sr. Salcedo es lo que da importancia é interés á su obra, habiéndole costado á dicho señor, como es consiguiente, muchísimo tiempo y hacer bastantes sacrificios para lograr su propósito; pues, como es sabido, no es lo mismo levantar el plano de un edificio cualquiera, en el que se encuentran vacíos nuevos y diferentes compartimientos, que la inmensidad de construcciones que se hallan en el referido Monasterio.

Además, el Sr. Salcedo ha tenido la feliz idea de acompañar, como accesorios, en los dos espacios que quedan libres por la forma particular del edificio, en uno la vista general del Monasterio, la que, además de presentar un buen aspecto por la esmerada ejecución de su dibujo, da una perfecta y cabal idea de su conjunto y de las principales construcciones que contiene; y en el otro la fachada meridional, que es indudablemente la más importante, por sus dimensiones y severo aspecto, de todo el monumento; su dibujo no es á vista de pájaro como el primero, sino geométrico.

Acompaña también á este interesante trabajo una explicación descriptiva de cada una de las construcciones y compartimientos que se encuentran en el trazado, y además una breve reseña con curiosos datos, muchos de ellos no publicados hasta el día, especialmente los concernientes á ciertas construcciones, como son bóvedas y escaleras, que pueden ser útiles para los que necesiten hacer un detallado estudio sobre esas construcciones.

Lo que acabamos de mencionar contiene el plano del Sr. Salcedo, todo encerrado en un marco de forma rectangular adornado con una orla de género

geométrico, cuya sencillez de dibujo está perfectamente en relación con el resto de la obra, presentando á la vista, tanto por la delicadeza de la delineación como por el acierto en la colocación de los dibujos descritos, un agradable conjunto.

En resumen, el trabajo de que nos ocupamos, si bien sólo comprende como trazado la planta baja del tan ponderado por unos como vituperado por otros Monasterio de San Lorenzo, es, á nuestro modo de ver, por sus condiciones especiales, el más importante que se ha publicado hasta la fecha, llenando un vacío que se hacía sentir entre las personas amantes de la obra del insigne Juan de Herrera, con lo cual su autor se ha hecho acreedor á la gratitud de todos.

MARIANO BORRELL.

EL CALOR INTERIOR DEL GLOBO.

M. Mohr, de Berlin, ha publicado recientemente un importante trabajo sobre las causas del calor interior del globo. Despues de haber indicado las objeciones que pueden hacerse á la teoría plutónica del origen del calor interior de la tierra, discute los resultados de las investigaciones termométricas emprendidas en un pozo de 4.000 piés de profundidad, abierto á través de una roca de cal pura en Speremberg, cerca de Berlin.

La proposición de que parte es la siguiente: Si el centro de la tierra está todavía en fusión, á medida que se vaya descendiendo y aproximándose á ese foco, se necesitará un espacio más corto para producir un aumento dado en la temperatura. Como el calor se trasmite de esferas más pequeñas á esferas más voluminosas, si se supone igual conductibilidad en la materia de las mismas, la temperatura de las paredes exteriores de la esfera irá progresivamente en disminución á medida que su volumen aumente; en otros términos, el aumento de calor para 100 piés será tanto más considerable cuanto más se baje.

Hé aquí ahora los resultados de las investigaciones termométricas hechas en el pozo de Speremberg:

PROFUNDIDAD.	Temperatura comprobada.	Aumento de calor por cada 100 piés.
Piés.	Grad. Reamur.	Grad. Reamur.
700.....	15,654	»
900.....	17,849	1,097
1100.....	19,943	1,047
1300.....	21,939	0,997
1500.....	23,830	0,946
1700.....	25,623	0,896
1900.....	27,315	0,846
2100.....	28,906	0,795
3300.....	36,756	0,608

Las cifras de la tercera columna forman una progresión aritmética decreciente desde el primer grado, en que la razón es $0^{\circ},05$ ó $\frac{1}{20}$ de grado Reaumur en una profundidad de 100 piés. Aplicando este principio á profundidades inferiores á 700 piés y á las comprendidas entre 2.100 y 3.300 piés, M. Mohr ha formado la tabla siguiente:

PROFUNDIDAD. — Piés.	Aumento en una profundi- dad de 200 piés. — Grad. Reaumur.
100 á 200.....	1,35
200 á 300.....	1,30
300 á 400.....	1,25
400 á 500.....	1,20
500 á 600.....	1,15
600 á 700.....	1,10
700 á 900.....	1,097
900 á 1100.....	1,047
1100 á 1300.....	0,997
1300 á 1500.....	0,946
1500 á 1700.....	0,896
1700 á 1900.....	0,846
1900 á 2100.....	0,795
2100 á 2300.....	0,745
2300 á 2500.....	0,695
2500 á 2700.....	0,645
2700 á 2900.....	0,595
2900 á 3100.....	0,545
3100 á 3300.....	0,495
3300 á 3390.....	0,445

De esta serie deduce M. Mohr que á una profundidad de 3.170 piés el aumento de calor será nulo. Aun cuando á cierta profundidad el aumento de calor no fuera más que de $\frac{1}{100}$ de grado Reaumur en vez de $\frac{5}{100}$, se llegaría á la temperatura constante á una profundidad de 13.500 piés. Una disminución análoga del aumento de calor se ha observado en el pozo de Grenelle; pero aparte de que la profundidad alcanzada fué mucho menor, las diferencias de la naturaleza de las rocas perforadas no han permitido hacer una comprobación exacta.

De estos hechos saca M. Mohr la confirmación de todas las objeciones que se han hecho contra la teoría plutónica. La causa del aumento del calor en el interior de la tierra, dice, debe residir en las capas superiores de la corteza terrestre. La teoría de los volcanes se adapta por sí misma á estos resultados; la fluidez de las lavas no debe atribuirse á su incandescencia en el seno de la tierra, sino á una evolución local del calor por las aberturas que la acción del mar ha producido siempre en las rocas sólidas, estando siempre situados los volcanes cerca del mar. Estos focos volcánicos locales recalentados contribuyen grandemente al calor interior del globo. El núcleo interno sólo puede perder una débil cantidad de calor en razón de la mala conductibilidad de las rocas calizas, mientras que en el curso de las edades todos los efectos del calor de

los volcanes pueden extenderse uniformemente en la corteza terrestre, y se llega así á la conclusión del aumento del calor en el interior del globo en tanto sea resultado de otras acciones calóricas. M. Mohr atribuye también á otras causas el calor terrestre, por ejemplo, á la formación de nuevas rocas cristalinas bajo la acción del sol, á los fenómenos químicos, tales como la formación de ácido carbónico por el contacto del óxido de hierro con los despojos orgánicos, la formación de piritas y blendas por la reducción de los sulfatos en contacto con las materias orgánicas, la descomposición del lignito y de la hulla, etc., etc.

A. LEON.

CRÓNICA ARQUEOLÓGICA.

LOS TEMPLOS DE ELLORA.

No lejos de Masulipatan, en la provincia de Cicars, se eleva una de las ciudades más famosas del Indostan, Ellora ó Elora, la cual debe su celebridad, y probablemente su existencia, á los templos y grutas sagradas situadas á un cuarto de legua.

Los santuarios cubren un espacio de legua y media á dos leguas, y son el punto de reunión de una multitud de peregrinos indios que llegan á visitar aquellos monumentos subterráneos, los más grandiosos é imponentes que nos legó la antigüedad india; por desgracia muchos han sufrido en su conjunto, y, más aún, en sus detalles de pintura y escultura por las injurias del tiempo, por los musulmanes fanáticos ó por el cruel Aureng-Zeb.

Están abiertos en un semicírculo, ó, más bien, herradura de rocas graníticas y rojas, y la mayor parte tienen muchos pisos. Langles, en sus *Monumentos del Indostan*, ha publicado los planos y vistas pintorescas de muchas de aquellas grutas; pero es necesario consultar dicha obra con grandes precauciones, pues, lo mismo en el texto que en los dibujos, se encuentran apreciaciones en consonancia con la ciencia de Oriente, tal y como era al principio del siglo, las cuales hoy se hallan en discordancia completa con lo que se sabe de la civilización original y del carácter personal de la civilización y del arte de la antigua India. Por lo dicho Langles está constantemente poseído de una preocupación extraña, consistente en ver por todas partes en aquellos monumentos «mil señales de la extraña mezcla de las arquitecturas egipcia, griega y morisca,» en hallar á cada paso «signos del estilo griego en las columnas» y en reconocer en la ornamentación el uso de las hojas de acanto, llegando á tomar algunas basas de columnas por capiteles corintios vueltos al revés. Conocimiento más íntimo

y apreciación más juiciosa de la arquitectura y del estilo usados en aquellos antiguos monumentos resultan de los trabajos recientes de los ingleses, y ya no se caerá en tan groseros errores.

El origen de aquellos gigantescos templos, algunas de cuyas partes llegan á la perfección, mientras otras son de una grosería bárbara, es desconocido. Los musulmanes lo atribuyen al rajah Il ó El, que vivía hace 900 años; los indios lo hacen remontar hasta Ilu ó Elu, quien vivió 7900 hace años; y los Ponanas hablan de un rey Ila ó Ela, el cual existía en los orígenes de la monarquía india. Compréndese cuán difícil es elegir entre tan diversas apreciaciones. Gailhabaud, quien tiene cuanta competencia es necesaria, les atribuye una antigüedad de 2000 años. Lo más curioso de estas tres versiones es la identidad de los nombres El, Ela, Elu, coincidencia que hubiese debido chocar y conducir á la solución del problema.

El más perfecto de tales monumentos es el Kailasa, de 123 metros de largo y de 60 de ancho. Su carácter particular y distintivo entre los otros monumentos de Ellora es que, aun cuando está como ellos, tallado en la roca viva de la montaña, después ha sido separado, aislado su enorme bloque, formando un monolito, á pesar de parecer que está construido de diferentes piedras. ¡Cuánto tiempo y dinero habrán sido menester para un trabajo tan gigantesco! ¡Cuántas generaciones se sucederían en una obra que deja tan atrás á las pirámides de Egipto! ¡Cuántos siglos debieron pasar desde el día en que se dió el primer golpe de cincel en la masa prodigiosamente dura de la roca, hasta el día en que el monumento ha sido aislado, perfecto y completo en el fondo del inmenso precipicio fabricado á su alrededor en el granito!

Pasad la puerta occidental del Kailasa, monumento elevado en Seva, y á la primera ojeada quedareis estupefactos, no sabiendo si admirar más el atrevimiento de la empresa, ó la bondad de la ejecución, ó la belleza del plan, ó la riqueza de los detalles, ó la variedad de los adornos.

Por de pronto encontráis dos cuerpos salientes, uno á la derecha y otro á la izquierda, y en medio de ambos un pabellón ó vestíbulo adornado con figuras gigantescas. Encima de las cinco piezas que lo componen se abre un mirador sobre el andén exterior del puente de piedra con balaustrada adornada, desde el cual se domina el patio interior y se llega á una construcción cuadrada, la capilla de Naridi, cuyas paredes están llenas de esculturas. Atravesadla, y, por otro puente de piedra, llegareis al templo principal. Lo primero que encontrareis en éste es un pórtico sustentado por dos columnas y dos pilastras; y, después de subir tres escalones, entrareis en un peristilo, que comunica con el patio por

medio de dos escaleras de 36 peldaños; subid otros cuatro escalones, y, por una puerta de tres metros de alta y dos de ancha, guardada por estatuas gigantescas, entrareis en el templo.

Este es una sala de 16 metros por 14, cuya bóveda está sostenida por 16 pilares en dos hiladas, á las cuales corresponden otras tantas pilastras, sin contar las cuatro de los ángulos. El conjunto tiene la figura de una cruz griega, uno de cuyos brazos comunicaba por medio de un puente, hoy destruido, con la montaña, en la cual deberían estar las habitaciones de los sacerdotes. En el fondo está el santuario, al cual se sube por cinco escalones, y allí reposa en su inmutabilidad la estatua de la Divinidad. Entre las pilastras hay bajo-relieves, figuras y adornos esculpidos, y en el techo pinturas, hoy deterioradas por el humo, cuyos restos hacen sentir la degradación.

En el fondo del santuario dos puertas comunican con un terrado, en el cual existen cinco capillas salientes y desiguales. El techo del templo tiene forma de una media naranja piramidal, donde el genio de los artistas sembró con profusión esculturas y adornos.

En el patio, dos elefantes son los centinelas gigantescos que guardan la entrada, y además hay dos obeliscos coronados en otro tiempo por leones.

En cuanto á los flancos de la montaña están talarados por galerías de muchos pisos, habitaciones y grutas, de las cuales es la más célebre la de Paralanka, á la cual se entra por el segundo piso de una galería subterránea. En ella se ven preciosas pinturas, bien conservadas, de personajes mitológicos indios. Al salir de la gruta se encuentra un peristilo, desde el cual se abarca toda la parte exterior de Ellora.

El Visuacarma, en lugar de salas cuadradas y techos rectangulares, contiene una galería semicircular y abovedada, no ojival, sino en verdadero arco quizás un poco elevado, que indica el abandono de la línea recta y de formas ya vulgares, por las más elevadas y menos ordinarias de la línea curva.

«Este templo, consagrado al principio á Budha, ha debido estar ocupado después por los Sivistas, dice Gailhabaud, los cuales esculpieron á la izquierda su obscuro símbolo, y á la derecha sus disformes figuras celebrando la unión carnal de su dios y de su diosa, unión representada sin velos.»

El Paracua-Bama, aun cuando no tan considerable como los demás, no es menos notable en cuanto á la belleza de los adornos y á la conservación de los mismos; el templo de Indra, divinidad del mal, está adornado con una profusión de leones, elefantes y otros animales esculpidos; el Dumar-Loyna, el Nilkant-Madhiu, etc., etc.

Detengámonos aquí; para describir aquella mul-

titud de grutas, aquel sin número de bajo-relieves, de bóvedas, de adornos y de pinturas, necesitaríamos un libro; los escultores y pintores de Ellora han necesitado siglos para tallar aquellas maravillas, y nosotros no hemos de describirlas en pocos minutos.

O. TENAUD.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

1.º MAYO.

Le Verrier: Descubrimiento de un nuevo planeta.—Becquerel: Las fuerzas electro-motrices.—Salicis: El calor solar como medio dinámico.—J. Ogier: Un nuevo sulfato de potasa.

M. Le Verrier anuncia el descubrimiento del planeta núm. 163, en el Observatorio de Tolosa, por M. Perrotin el 26 de Abril último. El planeta es de duodécima magnitud.

—M. Becquerel presenta una Memoria sobre las fuerzas electro-motrices producidas al contacto de líquidos separados por diafragmas capilares de cualquiera naturaleza. El autor da á conocer todos los detalles importantes que se relacionan con sus experimentos, y señala los principales resultados obtenidos. Entre estos últimos citaremos el siguiente: En presencia de un diafragma capilar que las separa, las disoluciones ó las sustancias que contienen se condensan en los espacios capilares lo mismo que los gases se condensan en los cuerpos porosos. M. Becquerel hace notar que este principio está de acuerdo con el adoptado por Laplace en su teoría de los tubos capilares, cuando supone que los líquidos que se adhieren á las paredes de los tubos tienen una densidad más grande que la de las partes situadas á cierta distancia. El autor añade que estas propiedades interesan vivamente á la psicología, puesto que en el organismo animal y vegetal todos los líquidos están separados por tejidos más ó menos capilares que deben dar lugar á efectos semejantes á los expresados.

—M. Salicis comunica los principales resultados de sus experimentos sobre el calor solar. El autor ha intentado utilizar este calor como medio dinámico durante una parte más ó menos grande del año, en todos los lugares en que el cielo es claro y el aire ambiente seco. Para esto ha inventado diferentes aparatos, cuyas partes principales describe. Unos, que llama heliodinámicos ó motores solares, están destinados á vaporizar el agua por la utilización del calor del sol; otros, que llama concentradores solares ó heliostáticos, transforman el foco de los rayos recibidos en una ancha superficie, en un

cilindro más ó menos estrecho, cuyo eje conserva una dirección determinada. Las experiencias hechas con ayuda de los primeros aparatos han dado el resultado interesante de demostrar que si en un hervidero de cristal la vaporización es lenta, como podía preverse, se convierte en muy activa en cuanto se le fija en el centro un núcleo metálico, como una redoma de mercurio; y se obtiene así en medio del agua misma un foco inagotable como el sol. Los otros aparatos pueden ser empleados como los primeros en la vaporización, y por consiguiente en la destilación. En los países cálidos, como Egipto, el Senegal y el Sur de la Argelia, pueden dar resultados muy importantes, ya bajo el punto de vista mecánico, ya bajo el de las acciones químicas.

—M. J. Ogier envía una nota sobre un nuevo sulfato de potasa. Este cuerpo consiste en cristales amarillentos muy duros, que se calcinan al calor, precipitando el cloruro de bario y ofreciendo los caracteres del sulfato de potasa; pero si se quiere disolverle en agua hirviendo, se le ve ponerse, al enfriarse, en grandes láminas delgadas, blancas y transparentes. Esta nueva sal, tan diferente por su forma cristalina del sulfato de potasa ordinario, es, sin embargo, una sal neutra formada de ácido sulfúrico y de potasa, pero con aguas de cristalización, circunstancia que el sulfato de potasa no había presentado hasta ahora. El autor obtiene este cuerpo directamente haciendo cristalizar una mezcla de sulfato y de benzinósulfato de potasa.

Academia médico-quirúrgica.

MADRID 28 ABRIL.

Dr. Sancho: Incurabilidad del crup; ineficacia de la traqueotomía.

El Dr. Sancho examina el tema puesto á discusión, y entra en el estudio de los tres periodos en que, según Valleix, se divide la enfermedad del crup, y del tratamiento que á cada una corresponde. El Dr. Sancho opina resueltamente que el crup es incurable, y que la ciencia no registra un solo caso de curación, por lo cual cree inútil la traqueotomía y cualquier otro medio terapéutico, considerando preferibles los tónicos, los antisépticos y también los calomelanos para disminuir el estado de plasticidad de la sangre, que da lugar á la formación de las falsas membranas.

El Sr. Montes insiste en las ideas vertidas en sus anteriores discursos, y se levanta la sesión.